Echegaray

3742

os Fanatismos

13

DICCIONARIO

DE

MODISMO

(FRASES Y METÁFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLER

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60,000 acepciones

Cuaderno 46 — Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 136 á 138)

ADMINISTRACIÓN

DOS FANATISMOS.

DOS FANATISMOS

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOSÉ ECHEGARAY,

Representado con extraordinario éxito en el Teatro ESPAÑOL, la noche del 15 de Enero do 1887.

LIBRERIA UNIVERSAL DE MORILLAS 36 S.FRANCISCO 38 CADIZ

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ.
Atocha, 100, *principal*.

1887.

PERSONAJES.	ACTORES.
DON LORENZO CIENFUEGOS...	D. DONATO JIMENEZ.
DON MARTÍN PEDREGAL.....	D. ANTONIO VICO.
JULIÁN, (hijo de Martín).....	D. RAFAEL CALVO.
DON JUSTO MENDIOLA.....	D. JULIO PARREÑO.
DOÑA ROSARIO, (esposa de Lorenzo).....	D.ª AMPARO GUILLEN.
MAGDALENA, (madre de Julián).	D.ª LUISA CALDERÓN.
ANGUSTIAS, (hija de Lorenzo y Rosario).....	D.ª ANTONIA CONTRERAS.
CRIADO.....	D. FRANCISCO PERRIN.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada el Teatro, de D.ᵉ FLORENCIO FISCOWICH, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley

AL PÚBLICO.

Pensé este drama y hasta *llegué á planearlo* hace unos cinco años: meses antes de que D. Rafael Calvo saliese para América.

En aquella época se titulaba *Un neo y un ateo.*

Mas por entonces, y atendiendo al estado de las compañías dramáticas, no pude llevarlo á la escena.

Cuando para gloria del arte se reunieron nuestros dos grandes actores, puse término á mi obra variando el título, que no me parecia de *buen gusto*, y variando también el desenlace.

En mi primitivo pensamiento, en el de hace cinco años, el último acto era un epílogo: Angustias había muerto, Julián espiraba dejando un hijo, y los dos fanáticos, renovando su lucha, se disputaban el niño en la agonía del padre: todavía conservo el manuscrito.

Después de pensarlo bien, renuncié á esta idea, que además de otros inconvenientes, tenía el de recordar el epílogo de *La última noche.*

Tal es la historia de este drama, cuyo éxito debo á la benevolencia del público y de la prensa, á la perfección extraordinaria con que ha sido ejecutado por todos los actores y á los consejos acertadísimos de nuestros dos grandes atletas de la escena.

Para liquidar todas mis deudas, las únicas, reconozco que dos ó tres frases de D. Lorenzo en el primer acto, están tomadas del admirable libro *San Francisco de Asís,* de la eminente escritora señora de Pardo Bazán.

No pensaba explicar al público la génesis de mi obra, relato que en verdad poco le interesa; pero á ello me obligan las impertinencias absurdas y ridículas de unos, y el haber sido indignamente acogidas por otros: aquéllos y éstos en número tan insignificante que no valen ni el trabajo que me imponen al hacerme escribir estas dos cuartillas.

J. Echegaray.

611117

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/dosfanatismosdra15113eche

ACTO PRIMERO.

La escena representa una sala en casa de D. Lorenzo. Todo debe reflejar el carácter profundamente religioso del dueño. Cuadros de santos ó asuntos místicos, sobre lienzos viejos y de color sombrío. Algún crucifijo, alguna urna encerrando la Virgen ó el Santo Sepulcro. Los muebles modestos y oscuros sin objeto ó adorno de los que ha creado el refinamiento moderno. Techos, paredes y puertas de caserón antiguo. Puertas á la derecha en primero y segundo término. Á la izquierda, un balcón en primer término, con cristales pequeños emplomados; en segundo, otra puerta. Sofá á un lado; al otro una mesa y un sillón de baqueta; todo antiguo.

ESCENA PRIMERA.

JULIÁN y ANGUSTIAS.

ANGUST. (Después de estar asomada al balcón vuelve á reunirse á Julián que se pasea impaciente.) Nada; no viene papá: se olvidó de que le estás esperando.

JULIAN. (Consultando el reló.) Pues mira, ya va siendo tarde. Apénas tenemos tiempo para llegar á la estación.

ANGUST. (Mirando la hora en el reló de Julián.) ¡Es verdad! ¡Válgame Dios! ¡Si llega tu padre y no os encuentra!...

JULIAN. Eso no; porque no aguardo al tuyo más que cinco mi-

nutos, y si para entónces no ha llegado, me voy solo. Estar separado de mi padre tres años; venir el buen señor de América únicamente para presenciar nuestra boda; telegrafiarme desde Cádiz, «pasé la charca, pisé tierra, prepara un abrazo;» saltar al andén buscando con la vista á su Julián... ¡y no encontrarlo! ¡No faltaba más! ¡Esto sí que no ha de ser! Si llega don Lorenzo, bueno; con él. Si no llega, malo; pero sin él me voy.

ANGUST. No te incomodes, Julián mío; ya sabes lo que es papá.

JULIAN. ¿Incomodarme? No por cierto. No son estos, días para que yo me incomode. Cuando un humilde mortal, como yo, está en vísperas de ganar todo un cielo, como tú, la dicha y la esperanza no dan lugar al enojo. ¡Todo azul para mí! como tus dulces pupilas. ¡Todo rosado! como tu divino rostro. ¡Todo luz! que á donde van los resplandores de tu alma no consienten sombras.

ANGUST. ¡Vaya, que eres adulador! ¡pero qué bueno!

JULIAN. ¡Bueno! no tanto. Egoista has de llamarme, que es el nombre que merezco. (Transición.) ¡Pero tu señor padre, mi don Lorenzo Cienfuegos ya tiene cachaza!

ANGUST. ¡Alguna ocupación muy grave!...

JULIAN. ¡Muy grave! ya me la figuro. ¡Conversación mística con el capellán de las monjas! ¡Disputa teológica con el padre Bernardo! ¡Ó Junta mensual de cofradía!

ANGUST. ¡Eso, eso debe ser! porque algo le oí esta mañana.

JULIAN. ¿No lo dije? Mi señor don Lorenzo es muy bueno, muy recto, un santo casi; pero en ocasión como esta, ya podía descender de la sublime región de los elegidos á esta mísera tierra en que vivimos; y no estaría de más que por hoy prescindiese de su Junta de cofradía, y que me acompañase á la estación á recibir á su antiguo camarada y futuro consuegro.

ANGUST. ¡Qué quieres!... ¡Él es así!... Para él sus deberes religiosos están sobre todas las aficiones mundanas.

JULIAN. Sobre toda afición mundana, concedo; pero de cosas

divinas se trata, porque tu boda han de concertar.

ANGUST. ¡Conque nuestra boda es cosa divina! (Escandalizada.)

JULIAN. Así me parece.

ANGUST. ¡Calla, por Dios! ¡Si papá te oyera profanaciones semejantes! Me parece que tú no serás nunca... lo que es papá.

JULIAN. Yo seré lo que tú quieras que sea. Por darte gusto á tí, daré gusto á tu padre y me callaré muy buenas cosas que me ocurren á propósito de sus... exageraciones, llamémoslas así.

ANGUST. ¡Dios te libre, y Dios nos libre! Capáz sería de negarme su consentimiento, si llegara á sospechar en tí, no ya dejos de heregía... ¡sólo tibieza de fé!... ¡y se acabó la boda!... ¡y se acabó la vida!...

JULIAN. ¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé, pobre Angustias de mi alma! (Acercándose á ella y en voz baja.) Y por eso, aunque la llegada de mi padre me dá mucha alegría, también me dá mucho miedo; porque don Martín Pedregal no es tan dúctil como su hijo; ni es de tan buen arreglo como yo el intrépido explorador americano.

ANGUST. No quería decírtelo... pero yo también tengo miedo; miedo, esa es la palabra.

JULIAN. ¡Y motivo hay! Cuando choquen de frente don Lorenzo Cienfuegos y don Martín Pedregal... ¡vaya un choque! ¡Ni un exprés contra otro exprés y en sentido contrario! El uno con sus ideas místicas, su inflexible ortodoxia y su carácter duro; el otro con sus ideas modernas, su total carencia de fé religiosa y su indomable carácter! ¡No hay más, querida Angustias; un cruzado de Godofredo, contra un minero de California; un rezagado del mundo que pasó, con la tajante espada en una mano y el estandarte de la cruz en la otra, y un aventurero del mundo que llega, blandiendo el martillo explorador y levantando como nueva insignia, del moderno ejército, la rica pepita de oro. Conque si nos cogen enmedio las dos tempestades, adios dicha, adios paz, adios por siempre el amor de mis amores! (Cogien-

do por las manos á Angustias.)

ANGUST. ¡También de nuestro amor te despides! (Tristemente y en tono de reproche.)

JULIAN. ¿De tu amor? ¡nunca! ¡Aunque de la parte de Palestina viniesen sobre mí, pobre átomo, todas las muchedumbres de Pedro el Ermitaño, por extraño prodigio vueltas del polvo á la vida, y acaudilladas por don Lorenzo; y de otra parte, se me echasen encima todos los trenes de los Estados-Unidos con don Martín en la primera locomotora á todo vapor; y entre una y otra corriente me aplastasen el cuerpo, sus odios se estrellarían vencidos ante mi cariño! ¡Por mi Angustias, mis angustias todas y todas mis esperanzas! ¡Por tí seré penitente, confesor y santo para calmar á tu padre; por tí seré hereje, libre-pensador y materialista para adular al mío; que entre dos fanatismos, ¡ay, pobre niña! los séres que aman tiernamente ya necesitan astucia y valor para salir triunfantes!

ANGUST. ¡Calla, que se me oprime el pecho, y ya sabes que ahí está el daño! ¡Yo luchar! no; ¡soy muy débil! Lo mejor será que no regañen tu padre y el mío; créeme. Porque yo conozco á mi señor padre, y aunque es muy bueno, y aunque le quiero mucho... me causa espanto el pensar lo que sucedería... si sucediese lo que dices.

JULIAN. Pues yo también conozco al mío, y aunque le quiero muchísimo, tampoco estoy muy tranquilo.

ANGUST. Para mi padre, el amor humano es robo sacrílego al amor divino. Ante la salvación eterna toda dicha terrenal es despreciable y engañosa ilusión de los sentidos. Riqueza, posición, familia, ¿qué vienen á ser? Un poco de humo que imita algo y no es nada. ¡Qué más! (Acercándose á Julián con cierto misterio.) Quería con toda su alma á mi madre, y porque creyó ver en ella, según dijo... esto me lo dijo él... porque creyó ver en ella el espíritu de gracia que busca la perfección, y fervorosas inquietudes que se avienen mal con las del mundo... sólo por esto... pues ¡ea!... que consintió en se-

pararse de mi madre... y hace quince años que mi pobre madre vive en un convento entregada á la vida contemplativa y á la plegaria. ¡Ya ves tú... sin ver á su esposo... sin permitirme ir á verla más que dos ó tres veces al año... en el locutorio y por breves instantes! (Queda pensativa y se seca los ojos.) ¡Y yo sin ella!... ¡así me he criado triste y débil y enfermiza!...

JULIAN. Es verdad; ¡pobre doña Rosario!

ANGUST. No; ella no; papá dice, que ella es muy feliz. Pero, yo no sé... está pálida, flaca, llora mucho al verme, y me tiende los brazos...

JULIAN. Créeme... tu padre exagera... exagera...

ANGUST. (Pensativa.) ¡Quién sabe!... No hablemos mal de él; en mí es gran pecado; y no está bien en tí.

JULIAN. No; si yo no digo... claro está; cada uno tiene sus ideas, y basta que sea padre de mi Angustias para que yo le respete. Además el mío es otro qué tal... dicho con toda la consideración debida. Dijiste que don Lorenzo no vacilaría en sacrificar su mujer y sus hijos, y todo por su fé; corriente. Pues su fé tiene don Martín, y por ella, queriéndome como me quiere, sin vacilar, aunque con gran dolor, me sacrificaría también. ¡Cá; si es un carácter cómo no hay dos! Oye un rasgo suyo. Inventamos entre él y yo, y en competencia con cierta sociedad americana, un sistema para alimentar de aire el hogar de las máquinas de vapor, «¡múltiple ventilación cíclica!» así dice la *patente:* ¡un torbellino! ¡un ciclón en miniatura! ¡una invención del diablo, como la llamaría tu padre!... Y me parece que estoy viendo la escena... ¡el gran río Colorado!... ¡la atmósfera espléndida!... ¡el sol como bola de hierro fundido!... ¡dos vapores; el de la otra sociedad y el nuestro!... ¡una regata colosal!... ¡miles de espectadores en las orillas!... ¡centenares de buques!... ¡apuestas por millones!... ¡y la probabilidad, la seguridad diría mejor, de que ellos, los de la otra sociedad, ó nosotros, ó ambos, habíamos de volar como cartucho de

dinamita! Bueno; ¿pues tú piensas, que don Martín confió á nadie el puesto de mayor peligro? No señor; á su hijo. «Julián:» estas fueron sus palabras, «dame un abrazo y á la caldera; y si revienta, así verá todo el mundo que no somos dos farsantes, y que tenemos é en nuestra invención! Yo me quedo en tierra para pagar y ya reventaré otro día. Conque tú que tienes mejor mano que yo, ¡á la caldera!... ¡á la caldera!» De la de Pedro Botero huye tu padre; á la del *Gran rápido* me empujó el mío, como la cosa más natural.

ANGUST. ¡Qué hombres, Julián mío!

JULIAN. ¡Estupendos!

ANGUST. Es decir... son, como son. Pero nosotros les debemos respeto y amor.

JULIAN. ¡Quien lo duda!

ANGUST. Y mi padre me quiere mucho: ¡cómo rezó por mí en mi última enfermedad! ¡se pasaba en cruz las horas muertas ante ese Cristo! ¡Y cómo me ha cuidado! ¡Tú lo viste! ¡Vamos, es un santo!

JULIAN. Es verdad: tres novenas hizo y no sé cuantas misas oyó. Pues mi padre no le va en zaga, que me quiere no diré como un santo, pero sí como un loco, y todo es de agradecer. Cuando estalló el *Gran rápido*... se arrojó al río... y me sacó mal herido y moribundo... ¡y qué desesperación la suya! ¡qué gritos! ¡qué maldiciones!... ¡qué buscar un revolver para levantarse la tapa de los sesos!... ¡es mucho hombre y mucho padre!...

ANGUST. Pues siendo tan buenos los dos... yo creo que les ofendemos con nuestros temores...

JULIAN. Indudablemente.

ANGUST. ¡Y somos malos hijos!

JULIAN. ¡Y además, ingratos!

ANGUST. ¡Y sobre todo, injustos!

JULIAN. ¡Ea! ¡pues paso á la dicha!... (Mirando el reló.) Y á recibir á don Martín, porque ya no espero más á don Lorenzo. (Se dirige al fondo.)

ANGUST. Bien dices: pronto, pronto: y cuando vuelva papá, yo haré que vaya á la estación sin detenerse. (Acompañándole.)

JULIAN. Adios, Angustias.

ANGUST. Adios, Julián.

JULIAN. (Deteniéndose y en voz baja.) ¿Cuántos días faltan?

ANGUST. No sé...

JULIAN. ¡Hipócrita!... ¡son cuatro días!

ANGUST. Con el de hoy... ¡cinco!... (Rectifica con cierta precipitación.)

JULIAN. ¡Ah! ¡Si se pasase el tiempo como se pasa un río y si tuviera mi *Gran rápido*!

ANGUST. ¡No!... ¡que estalló!

JULIAN. ¡Pero me salvé!

ANGUST. ¡Así sea!...

JULIAN. ¡Amen! como diría tu padre.

ANGUST. ¡Adios!

JULIAN. ¡Adios!... (Sale por el fondo.)

ESCENA II.

ANGUSTIAS.

ANGUST. ¡Ea! ¡penitas fuera! Siendo don Martín padre de Julián, debe ser muy bueno: y siendo tan bueno no reñirá con papá que tampoco es malo: y además, que por mucha prisa que se den, no les dejaremos tiempo; porque dentro de cinco días la boda queda hecha; y después... después aunque los dos riñan ya no hay remedio, casados nos quedamos Julián y yo. Conque ya casados, Julián será mío y haré de él lo que quiera y le llevaré por el buen camino, por el de papá, que es el único de salvación. Aunque no fuera más que por eso debía casarme con Julián; para arrancarle de entre las garras de su señor padre, que debe ser un señor ¡que ya, ya! ¡con unas ideas! ¡qué ideas! dice don Bernardo que las tales ideas son ganchitos muy sutiles que nos echa el diablo aquí dentro (Tocándose la

frente.) para tirar poco á poco hacia sí y llevarnos á sus cavernas por los siglos de los siglos. ¡No creer en nada! ¡dudar de todo! ¡suponer que las cosas santas!... no, no, esto ni se dice, ni se piensa! ¡Pobre Julián, tan bueno, tan cariñoso, y condenarse por no encontrar una mano que le detenga! la mano, y los brazos y el alma le daré yo para que venga al cielo conmigo... pero ha de ser conmigo ¡solo, no! ¡Pero yo también iré, porque á papá le atienden mucho los santos, y mamá se ha pasado su vida rogando por mí! ¡Ya ve usted, quince años en el convento!... No hay que dudarlo, con los consejos de mi padre y lo que yo pediré á la Santísima Vírgen, Julián llegará á ser muy piadoso, tanto como papá y con el genio más alegre. ¡Es tan bueno!... ¡tan bueno! ¡Todo, todo por Julián! (Cada vez con más vehemencia.) Ayer recé cuatro horas por él: ya me abrasaba la frente, y me latían las sienes, ¡y me saltaba el corazón! Porque aun estoy débil: ¡muy débil!... ¡me encuentro peor que antes de la enfermedad!... ¡no se lo digo á nadie, pero es así!... ¡tengo una hoguera que me consume! ¡no, que no echen fuego á la hoguera! (Anda vacilante y cae en el sofá.) Siento angustias, sin motivo, y luego alegrías también sin motivo... no, eso no: ¡motivo tengo para estar alegre!... pero de todas maneras no me siento bien: veo grandes resplandores: ya sé lo que son: la boda; y luego sombras muy densas... ¡también lo sé, que pierdo á Julián! ¡No! ¡perder á Julián, no! ¡No, padre mío, me volvería loca!... ¡Pero qué loca soy!... ¡pues no tengo ganas de llorar!... ¡Ah!.. ¡qué cabeza!... ¡fuera, fuera las ideas negras!... ¡Julián! ¡y la dicha!... ¡y el cielo todo lleno de angelitos!... ¡y mi padre hecho un santo, con su barba, y su báculo dorado, y su manto azul!... ¡y don Martín arrepentido cogiéndose al manto de mi padre!.. ¡y todos arriba, arriba en una nube muy hermosa!... ¡y en lo alto el buen Dios con su triángulo de luz en la cabeza!...

¡que nos llama y nos llama!... ¡esa, esa es la esperanza, y el porvenir y la felicidad! (Prestando atención.) Pero alguien llega: ¡ah!... sí... ¡ya están allí! (Corre hacia el fondo gozosa pero con cierta exaltación febril.)

ESCENA III.

ANGUSTIAS, D. JUSTO, después D. LORENZO.

ANGUST. ¡Toma!... ¡es usted, señor don Justo!... ¿yo creí que era papá?

JUSTO. No tardará mucho, porque al entrar le ví que daba vuelta á la esquina. Solo que le acompañaba don Nepomuceno y al parecer venía muy incomodado.

ANGUST. ¿Quién?

JUSTO. ¿Quién ha de ser? Tu papá.

ANGUST. ¿Qué dice usted? ¡incomodado!... ¡Buena la hicimos! ya tenemos para todo el día.

JUSTO. Y por lo pronto para toda la tarde; porque ahí está. (Adelantándose para recibirle.) Señor don Lorenzo...

LOR. ¡Hola!... felices días le dé Dios.

JUSTO. Muy felices, don Lorenzo.

ANGUST. Papá...

LOR. (Con dulzura y cariño, pero con cierta distracción.) ¿Cómo estás, hija mía? ¿Cómo te sientes hoy?

ANGUST. Muy buena.

LOR. Vaya, me alegro. Con mucho juicio, y con un buen régimen, y con un viajecito á nuestra señora de Lourdes... ¡das un soberbio chasco y un bravo disgusto al médico, que anunció con la infalibilidad de su ciencia, que no tenías vida para muchos años! ¡Ah, señores de la anatomía, y de la fisiología, y de la patología! ¡valiente rebaño de ateos!... son todos ustedes... ó casi todos. ¿No opina usted lo mismo, don Justo?

JUSTO. Á decirlo iba yo cuando usted se me anticipó. ¡Unos años de vida no más, cuando Angustias ha de ver tataranietos!

LOR. Si han de ser esos tataranietos como los papás, y los hijos que vemos, mejor será que no los vea. ¡Ah, señor don Justo, todo está perdido! ni fé, ni creencias, ni verdadera religión: vicio y desvergüenza en unos y en otros hipocresía y mentira. Aplasta usted un sayón de calvario, y tropieza usted con un Judas del huerto, y cuando mejor libra usted, lleva del brazo á un Pilatos que acaba de lavarse las manos.

ANGUST. ¡Papá!...

LOR. ¿Qué, hija mía?

ANGUST. ¿No te acuerdas?...

LOR. La memoria quisiera perder para no acordarme de ciertas cosas.

JUSTO. ¿Pues qué ha pasado?

LOR. Que hoy teníamos junta de cofradía y que no ha podido celebrarse: no, señor.

JUSTO. ¿Por qué?

LOR. ¿Por qué? porque no hubo número. Estamos en la época de los sufragios universales, de las muchedumbres inmensas, de los grandes números, y resulta que nunca hay número para nada. Empiece usted porque faltó don Remigio ¿y por qué faltó, dirá usted?

JUSTO. Claro que lo diré: ¿por qué faltó?

LOR. Pues según resulta de una carta, que tuvo á bien escribirnos, y que hasta creo que venía perfumada, y Dios me perdone si le calumnio, porque su mujer estaba enferma.

JUSTO. Sin embargo, me parece... salva la opinión de usted, que el motivo... una enfermedad...

LOR. ¿Qué enfermedad ni qué motivo? que estuvieron anoche en el baile de la embajada y á la salida se constipó la señora. Supongo cómo iría para constiparse tan fácilmente.

JUSTO. ¡Ya, ya! ¡le digo á usted que estamos buenos!

LOR. ¿Qué me ha de decir usted, hombre de Dios? ¿qué me ha de decir usted, que yo no sepa?

ANGUST. Papá... papá... que se hace tarde...

LOR. Tarde se hizo, ya lo creo; como que tuvimos que volvernos por donde fuimos con mortificación y escándalo del señor Vicario. Porque bueno, don Remigio no pudo ir por la dolencia de su consorte; pero es el caso que don Leandro tampoco fué ¿y por qué causa? ¡á que no lo adivina usted!

JUSTO. ¡Ah! ese tenía que contestar á una alusión en el Congreso.

LOR. Precisamente. ¡Mire usted qué le importa á nadie, ni lo que le digeron, ni lo que él pueda replicar! ¡ni para qué sirve todo eso! ¡Vanidad! ¡pura vanidad! ¡Afán de lucir su elocuencia y de que hablen los periódicos!... ¡ya se vé, como en la cofradía no tenemos ni *Diario de Sesiones*, ni tribuna! ¡Vanidad y orgullo! ¡Los de abajo quieren subir arriba! ¡los de arriba quieren escalar el cielo! ¡Luzbel quiere ser Dios! ¡Y abajo todos á nadar en tinieblas y á mascar sombras!

ANGUST. ¡Papá mío!... ¡si me atendieses un momento!...

LOR. Ahora, querida; ahora. (Volviéndose á D. Justo.) Pero hay más. También faltó... ¿quién dirá usted? ¿á que no lo acierta?... ¡Faltó don Policarpo! ¿Y por qué faltó? ¿Á que no lo acierta usted tampoco? Pues oiga usted, y muérase usted de repente: porque tuvo que asistir á otra junta: á la de una sociedad minera donde se trataba de repartir las ganancias de la campaña! ¡Apetitos de la carne: el bailecito! ¡vanidades del espíritu: el discurso ó rectificación! ¡codicia y lucro; la sociedad minera! cuadro completo y entrada completa. ¡La junta de la cofradía entre tanto desierta! ¡Hombre, luego dicen que en otro tiempo se quemaba, pues si eran tales siglos como el nuestro, lo que me extraña es que quedára un solo cuerpo sin su correspondiente chamusquina!

ANGUST. ¡Por Dios, papá!

LOR. ¿Qué quieres, hija; qué quieres?

ANGUST. ¡Que va á llegar don Martín!... ¡y que te espera Julián

en la Estación!

LOR. ¿Quién dices?... ¡Ah!... ¡sí!... ¡Martín! ¡el yankée: el de la California! ¡ya cuando chico era de la cáscara amarga, conque bueno vendrá él! ¡pobre Martín!

JUSTO. ¡Pobre!... ¡poderoso! ¡Don Lorenzo, poderoso!... Mucho más rico de lo que suponíamos: tengo noticias positivas. Y ha cedido á su hijo la mitad de su fortuna, ¡una millonada!... ¡qué sé yo!... ¡setenta ú ochenta millones!... ¡ó más!

LOR. Parece que á usted también se le encandilan los ojos cuando habla de millonadas! ¿si creerá usted que doy mi hija á Julián porque es rico?

JUSTO. ¡Por Dios, don Lorenzo!

ANGUST. ¡Por Dios, papá!... ¡no diga usted eso!

LOR. La caso con Julián, si es que la caso, porque el chico tiene buena índole; y es dócil...

ANGUST. Sí, señor; sí, muy dócil,

LOR. ¡Y no carece de espíritu místico!

ANGUST. No, señor: no carece.

LOR. Y estando muy á su cuidado...

ANGUST. Que lo estaremos papá y yo.

LOR. Podrá ser un buen esposo: un esposo cristiano.

ANGUST. Sí, señor; lo será.

LOR. Pero no como ahora se usa. ¡Ah! si se pareciese á su padre, ya sería otra cosa.

ANGUST. Perdone usted, papá; pero pasan las horas... y ya ve usted, si llega don Martín... como viene á casa... es natural que usted... digo, me parece...

LOR. Ya voy, ya voy... y si no llego á tiempo y les encuentro en el camino, tanto mejor: eso voy ganando. (Coge el sombrero de mala gana.) La verdad sea dicha... me repugnan las grandes estaciones de ferro-carriles... y aquél movimiento me marea... y aquellas locomotoras siempre jadeantes, casi me dan espanto con su vapor y su fuego y sus silbidos! (Volviendo hacia D. Justo.) ¡Qué diferencia de tiempos, señor don Justo! ¡También antes se reunían muchedumbres, pero eran muchedumbres

de almas cristianas, no rebaños de cuerpos: á buscar la salvación eterna iban, no á Biarritz ó al Rhin ó á Suiza: no á remendar desgarrones que en la materia hizo el placer desenfrenado ó la pasión impura ó torpes apetitos, con aguas de mar ó manantiales sulfurosos, sino á beber en fuentes de eterna salud!...

ANGUST. Papá... (Llevándole hacia el fondo.)

LOR. Ya voy, ya voy... (Vuelve á donde está D. Justo.) ¡Ah! Don Justo, no se imagina usted aquellas colmenas humanas del santo vallecico de la Porcióncula! aquél *capítulo* llamado de las *esteras*... si señor, de las *esteras:* hoy estas cosas parecen ridículas á las gentes despreocupadas de oficio... pues de las *esteras* se llamaba el capítulo, porque bajo cobertizos y tinglados de esterillas se guarecía del ardiente sol de Italia, en las fértiles laderas de la umbría el apacible real franciscano! ¡miles y miles de religiosos! Hoy, en vez de toldos de estera, hasta para los viajeros de tercera, hay primorosas marquesinas y cristalinas techumbres ¡qué fino se ha vuelto el diablo! ¡y qué regalados van los pecadores al infierno!

ANGUST. ¡Nada, está visto: de ese modo no llega usted nunca!

LOR. ¡Si te he dicho cien veces que voy! ¡Allá, al andén; al centro de la fiebre! ¡á donde van todos, á la estéril agitación de la vida! ¡á esperar al minero americano que trae oro! ¡al padre del novio rico y descreido!... ¡Si voy, si me apresuro, si me precipito, si al fin y al cabo soy como todos: débil, acomodaticio, contemporizador, cobarde ante el deber, glotón de bienes humanos!... Vamos, vamos... vamos allá... ¡Ah! Martín, Martín, ya nos veremos!... (Sale por el fondo.)

ESCENA IV.

ANGUSTIAS, D. JUSTO, después un CRIADO.

ANGUST. ¡Gracias á Dios!... (Viene al proscenio y se deja caer en el sofá.)

JUSTO. Mal dispuesto va, y mal recibimiento le espera al señor don Martín.

ANGUST. Eso mismo pensaba; pero... en cinco días que faltán... yo creo...

JUSTO. ¿Qué crees, Angustias?

ANGUST. Pues yo creo que podrá evitarse que... que choquen papá y don Martín.

JUSTO. Teniendo mucha prudencia...

ANGUST. ¿Quién?

JUSTO. Don Lorenzo no será... y perdóname, hija mía. Y don Martín, según mis noticias, tampoco es un modelo de dulzura y de tacto.

ANGUST. ¿Pues entónces quién?

JUSTO. Todos nosotros.

ANGUST. (Tendiéndole la mano.) Es usted muy bueno.

CRIADO. (Por el fondo.) Señorita...

ANGUST. ¿Qué quiere usted, Tomás?

CRIADO. Una señora... pregunta si llegó don Martín.

ANGUST. Ya sabe usted que no; pero que de un momento á otro debe llegar.

CRIADO. Eso le dije.

ANGUST. ¿Y bien?

CRIADO. Que ya se iba; pero luego volvió: empezó á decir algo y no dijo nada: en fin, que esa pobre señora no sabe lo que quiere.

JUSTO. Pues no es fácil que nosotros lo sepamos.

CRIADO. Por último, en voz muy baja, preguntó si podría hablar con usted.

ANGUST. ¿Conmigo?

CRIADO. Con la señorita, dijo.

ANGUST. ¿Quién podrá ser? (Á D. Justo.)

JUSTO. Alguna pobre vergonzante.

ANGUST. Es verdad. Bueno, pues dígale usted que pase. (El Criado sale.) ¿Pero á qué viene el preguntar por don Martín? (Á D. Justo.)

JUSTO. Ella nos lo dirá: es decir, á tí, porque yo me retiro.

ANGUST. (Deteniéndole.) No, señor: no. No me deje usted sola: yo

se lo suplico: ya ve usted, no conozco á esa señora... Dios sabe quién será.

JUSTO. Tienes razón: me quedo.

ESCENA V.

ANGUSTIAS, D. JUSTO, CRIADO un momento, MAGDALENA.

CRIADO. (En el fondo.) Pase usted, señora.

ANGUST. (Adelantándose.) Pase usted.

MAGD. Perdone usted, si acaso importuno... (Avanzando con timidez.)

ANGUST. De ningún modo. Siéntese usted.

MAGD. Mil gracias... pero repito que no quisiera molestar... Es una pregunta... no más que una pregunta. (Sin sentarse todavía.)

ANGUST. De cualquier modo, tenga usted la bondad... (Invitándola á que se siente.)

MAGD. Si usted se empeña...

ANGUST. Habrá sido muy hermosa? no es cierto? (Á D. Justo en voz baja.) Pero debe haber sufrido mucho. La misma expresión de dolor que mi madre! (Ap. y mirándola con interés.) Señora...

MAGD. Señorita...

ANGUST. ¿Deseaba usted saber?...

MAGD. Si don Martín Pedregal ha llegado de América... y si vive en esta casa... Porque yo... he oido decir...

ANGUST. Debe llegar muy en breve...

MAGD. ¿Hoy mismo?

ANGUST. Mi padre ha ido á esperarle á la estación, y si usted se toma la molestia de aguardar un cuarto de hora, podrá usted verle.

MAGD. ¡Verle!... ¡No!... (Levantándose y haciendo adomán de retirarse. Después se detiene.) Dispense usted: olvidaba lo principal. ¿Viene con él... ha llegado con él... cree usted que le acompaña?...

ANGUST. ¿Quién?

MAGD. (En voz baja, inclinando la cabeza y con emoción profunda.)

Julián... su hijo... (Después alza la vista y escucha con ansiodad.)

ANGUST. ¿Su hijo? No: Julián no viene de América: viene su padre solo. (Sonriendo.)

MAGD. ¡Ah!... él solo... y Julián, no. (Deja caer la cabeza con desaliento.) Entonces es inútil mi viaje... y es inútil la molestia que le he proporcionado á usted, señorita. (Dirigiéndoso á la puerta.)

ANGUST. (Deteniéndola.) Un momento. Usted ignora sin duda que Julián está en Madrid desde hace tres años.

MAGD. ¿En Madrid, Julián?... ¡Y tanto tiempo!... ¡y yo lo ignoraba!... ¡Ah, Dios mío!

JUSTO. ¡Qué mujer tan extraña! (Ap.)

ANGUST. En verdad, señora, que no comprendo... usted deseaba ver á don Martín...

MAGD. (Con violencia.) ¡No! ¡yo no he dicho eso!... Á don Martín, no. ¡Á Julián... á Julián, sí!... Dispénseme usted, señorita... yo explicaré fácilmente todo esto. Ya me figuraba yo, que ustedes habían de preguntarme... de preguntarme algo... y traía muy pensado lo que había de contestar á las preguntas que se me hicieran... Quiero decir, la manera más breve y más clara... Pero no sé lo que me pasa: estoy aturdida, confusa... lo confieso.

JUSTO. Cálmese usted, señora. Angustias es muy buena...

MAGD. Si, señor.

JUSTO. Simpatiza con todas las penas...

MAGD. Sí, señor.

JUSTO. Y si usted deseaba acudir á ella...

MAGD. ¡Ah! no, señor. Si he tenido penas, como todo el mundo, ya pasaron; y las pasé yo sola. No me comprenden ustedes: verdad es que yo tampoco me explico bien. (Cambiando de tono, con cierta precipitación y como quien dice una relación aprendida de memoria.) Señorita, yo fuí amiga... amiga íntima de la madre de Julián... á él le conocí cuando era muy niño... y me encariñé con el pequeñuelo... así es que le quería como se quiere á un

hijo... Le quería y le quiero... ¡mi Julián!... ¡mi pobre Julián!.. ¡hijo mío!... ¡hijo mío!... (Llorando.)

ANGUST. ¡Qué buena debe ser esta señora! (Á D. Justo en voz baja.)

MAGD. Luego!... su padre... lo arrancó de mis brazos... (Con expresión de odio.) ¡Ah!... ¡Martín!... ¡Don Martín tiene un carácter muy duro... es un hombre inflexible... sus empresas, sus trabajos, y nada más!... ¡Una mujer! ¿qué es una mujer para él?... ¡una criatura inferior!... ¿Llora? Pues se le ofrece oro para que calle. ¿Sigue llorando? se le ofrece más. ¿No se consuela?... pues se la abandona, pensando: está loca. ¡Créame usted, tanto como adoro al hijo, odio al padre! (Conteniéndose y procurando sonreir.) ¡Es decir... odiar!... ¡odiar!... ustedes comprenden que esta es una manera de expresarme... me separó de mi Julián y esto me lo hizo odioso... Por lo demás... ya se harán ustedes cargo... que á mí... qué me importa ese hombre, ni su fortuna, ni sus triunfos... ¡allá él con sus tesoros y sus minas!... ¡que los tesoros del corazón no se encuentran en socavones de arena!

JUSTO. Yo creo que esta pobre no tiene muy segura la cabeza. (Ap. á Angustias.)

ANGUST. (Ap. á D. Justo.) Dice que ha tenido muchas penas.

MAGD. En fin, se lo llevó... se lo llevó á América. Y yo, lo juro, señorita, tras él hubiese ido al fin de la tierra; pero era pobre... y la miseria pone grillos de hierro... y no podía abandonar á mi madre... ¡Vamos, que no pude!... es una historia muy larga y muy triste y que les molestaría seguramente... Para concluir, hace ocho días, en un periódico, y en la lista de los viajeros de América, leí el nombre del opulento minero don Martín Pedregal: y luego en otro suelto hablaba de la boda de Julián con la hija de don Lorenzo Cienfuegos... ¿sin duda será usted?... Y perdone usted la curiosidad...

ANGUST. Sí, señora: yo soy.

MAGD. Es usted muy hermosa. Y debe usted ser muy buena.

(Pausa, la mira algunos instantes.) ¿Quiere usted darme un beso?

ANGUST. Con el alma, porque veo que quiere usted mucho á Julián. (Se besan.)

MAGD. ¿Se llama usted Angustias?

ANGUST. Angustias. ¿Y usted?

MAGD. Magdalena. Hija mía... haga usted feliz á Julián, muy feliz; porque si no la madre de Julián le maldeciria á usted, ¡y usted no sabe cómo llegan las maldiciones de los padres! (1) «¡Los míos me maldijeron! (Al oído de Angustias.) ¡y lo he pagado!... ¡lo he pagado!... ¡Qué cosas digo!... perdóneme usted y deme usted otro beso. Y ahora me voy... (Levantándose.) Ya sé que mi Julián está aquí, que puedo verle, que puedo abrazarle... y me voy tranquila... ¡Adios, Angustias: adios, hija mía!... perdone usted: adios, señorita. (Se detiene y habla en voz baja á Angustias.) Y mi Julián, ¿será muy guapo? ¿verdad? yo... hace veinte años que no le veo, por eso lo pregunto. (Angustias sonríe.) ¿Y será muy bueno?

ANGUST. ¡Muy bueno!

MAGD. ¿Y tiene mucho talento? Sí, sí que lo tiene. Cuando niño era un prodigio. ¡Más talento que su padre, con todo lo que dicen de él!

ANGUST. Á mí me parece que sí.

MAGD. Y le parece á usted bien: ¡ya lo creo! Y diga usted... (Con profunda emoción.) ¿habla mucho de su madre? ¿piensa en ella? ¿reza por ella?... ¡pero qué ha de rezar! don Martín no le habrá enseñado! ¡bueno es para eso!... «Así se construye esta máquina (Fingiendo que habla Don Martín.) y así se conserva mejor:» eso sí; pero, «así se conserva un recuerdo santo...» ¡ah!... eso es inútil según parece. No importa: Julián no puede haber olvidado á su madre... Verdad es que era tan pequeño...

---

(1) Para aligerar la escena, puede suprimirse en la representación lo que va entre comillas.

ANGUST. ¡Olvidar á su madre! ¡Ah! no señora. ¡Siempre habla de ella con lágrimas, con amor!... Ayer mismo me decía: ¡Dios mío, si mi madre pudiese presenciar mi felicidad!

MAGD. (Que ha escuchado las últimas palabras con ansiedad). ¡Y la presenciará! ¡pues no ha de presenciarla! ¿quién tiene derecho para impedirlo? (Contoniéndose.) Quiero decir... que la presenciará desde el cielo: porque desde el cielo se ve todo lo que pasa en la tierra: esto es seguro. ¿No lo cree usted así, hija mia?

ANGUST. Sí, señora. Las dichas ó las tristezas de la tierra deben tener eco alegre ó doloroso más allá. Eso me enseñó mi padre, y eso creo.

MAGD. (Con tristeza.) ¡Pues él no lo cree!... ¡Y él sabe mucho!

ANGUST. ¿Quién, Julián? (Con sobresalto.)

MAGD. No, Martín: ese no cree en nada. No puedo pensar en uno de los dos sin pensar en el otro; y los mezclo en mi pensamiento y los confundo en mis palabras, aunque los separo en mi corazón.» Adios, hija mía. No digan ustedes nada á don Martín, yo se lo ruego á ustedes.

ANGUST. Si usted lo desea... nada le diremos.

JUSTO. No tema usted, señora.

MAGD. Me retiro antes de que llegue... ese hombre.

ANGUST. Señora... (Despidiéndose.)

MAGD. (Al llegar al fondo se queda pensativa: luego se dirige á Angustias). Dicen que su padre de usted es persona de respeto, y muy religiosa... y que es muy bueno.

ANGUST. Y dicen bien.

MAGD. Pues yo quisiera... que me concédiese una entrevista. (Con timidez). ¿Será mucho exigir?... Porque, qué derecho tengo para importunarle...

ANGUST. ¡De ningún modo!... Cuando usted guste podrá usted hablarle.

MAGD. Gracias, hija mía. Entonces... yo volveré. Adios.

JUSTO. (Mirando por el balcón). Un momento... Ya están ahí. De modo que si sale usted... se encuentra con Julián.

MAGD. ¡Ah!... (Precipitándose hacia la puerta.)

JUSTO. (Siempre en el balcón.) Y con Martín también... según creo.

MAGD. ¡Él!... (Retrocediendo.) ¡No!... ¡No quiero verle!... Señorita, lléveme usted por otro lado... indíqueme usted otra salida... ¡qué yo no vea á ese hombre! ¡Yo se lo ruego á usted por lo que más ame! ¡Sáqueme usted de aquí!

ANGUST. No tema usted... Venga usted conmigo á mis habitaciones y luego podrá usted retirarse.

MAGD. Pues pronto.

ANGUST. Pues vamos. (Dirigiéndose á la puerta de la derecha, segundo término.)

MAGD. (Asomándose al fondo.) ¡Mi Julián!... ¡Ah!... ¡sí: aquél!... ¿verdad? (Llamando á Angustias.)

ANGUST. (Asomándose con Magdalena al fondo.) Sí, señora. Aquél es Julián.

MAGD. ¡Lo mismo!... ¡lo mismo!... ¡Como yo me lo había figurado!... (Se dirigen las dos á la derecha.) ¡Ah!... ¡mi Julián!... ¡mi hijo de mi alma! ¡¡Quiérele mucho, mucho... y te querré más que á mi vida! (Salen abrazadas y besándose por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA VI.

D. JUSTO, después por el fondo D. LORENZO, D. MARTÍN y JULIÁN.

JUSTO. ¡Qué mujer tan extraña!... Ese amor á Julián... y ese odio á don Martín... ¿Quién sabe?... En fin, ya veremos si está de Dios que veamos.

MARTIN. ¿Conque hemos llegado? (Mirándolo todo con curiosidad y cierta sonrisa burlona.)

LOR. Á mi casa y á tu habitación. Esta sala: aquél gabinete (Señalando á la izquierda.) y su alcoba. Los pobres dando lo mejor que tienen, lo dan todo, si la intención es sana.

MARTIN. ¡Bravo! (Dándole una palmada.) ¡La hospitalidad! ¡gran

virtud! tú, que todas las posees, no serías completo, si te faltase ésta.

LOR. Aspiro á lo mejor, aunque sin esperanza de conseguirlo.

MARTIN. ¡La modestia! otra virtud más. ¿Y tu hija? es decir, nuestra hija.

LOR. No sé. (Buscándola con la vista.) Creí encontrarla en esta sala. ¿Qué se ha hecho de Angustias? (Á D. Justo.)

JUSTO. Vino una pobre mujer á implorar su compasión y se fueron allá dentro.

MARTIN. Preséntame, hombre; preséntame... (Á D. Lorenzo.) que todavía no tengo el gusto de conocer á este caballero.

LOR. Don Justo Mendiola... Don Martín Pedregal... (Presentándolos mútuamente.)

MARTIN. Muy señor mío... ¿Conque esa señorita practica obras de caridad? (Á D. Justo.) ¡Bueno!... ¡Esa sí que es una virtud!... (Á D. Lorenzo.) Mejor dicho, una necesidad social. Dile á tu futura (Volviéndose á su hijo.) que tomo en la compañía comanditaria, anónima ó lo que sea, de esas buenas acciones, las acciones que quiera cederme, y que las pago al contado con prima de quinientos por ciento. Con lo cual gano el cielo y doy gusto á mi antiguo camarada y consuegro próximo. ¿Verdad, Lorenzo?

LOR. Ya hablaremos de esos asuntos más de lo que supones. Por ahora te dejo que descanses. Más tarde volveré con Angustias. Y cuando la fatiga del viaje haya pasado, hablaremos de la boda muy sériamente.

MARTIN. De mi fatiga no te ocupes: yo no me fatigo nunca. Vosotros, los del viejo mundo, teneis empobrecida la sangre, desatados los nervios y enflaquecidos los músculos: llevais el cerebro lleno de sombras, humo y visiones, como chimenea que jamás se limpia está llena de hollín; y sobre todo poneis el estómago á merced de farmacias y bicarbonatos; con todo lo cual el menor trabajo es fatiga y no sois hombres

para nada, si es que sois hombres, y no resíduos en descomposición de antiguas y vigorosas razas. Nosotros, los de la vírgen tierra americana, tenemos la sangre más roja que sangre de búfalo, los nervios sumisos y obedientes como hilos telegráficos con sistema duplex y cuadruplex, músculos del viejo Atlante que como aquí no os servía, allá nos lo llevamos, y cerebros exactos y limpios como aparato de calcular; agrega á esto, estómagos más poderosos que calderas de máquina marina, y comprende, querido Lorenzo, que tus escrúpulos de nada sirven por ahora, y en manera alguna aprovechan al vigoroso organismo de Martín Pedregal, minero en California, banquero en Nueva-York, americano de corazón, y enemigo jurado en todas partes de lo ruin, de lo viejo, de lo enfermizo y de cualquier linaje de hipocresía.

LOR. (Con ímpetu.) ¡Y yo te digo!... (Conteniéndose.) Por ahora no te digo nada. Descansa y hasta luego. Venga usted, don Justo.

MARTIN. Como quieras.

JUSTO. (Á Julián en voz baja.) La tempesta e vicina.

MARTIN. Señor de Mendiola... (Dándole la mano.)

JUSTO. Muy suyo, señor de Pedregal.

LOR. ¿Viene usted?... (Á D. Justo desde la puerta.)

JUSTO. Soy con usted, mi buen amigo.

ESCENA VII.

JULIÁN y D. MARTÍN.

MARTIN. ¡Valiente consuegro me preparas! ¡Está peor que hace veinte años! ¡Eso no es un hombre, es la recortada estampa de uno de esos cuadros! ¡Si la hija se le parece, famosa elección hiciste!

JULIAN. ¡La hija es un ángel!... Y don Lorenzo es un buen señor cuyas creencias debemos respetar.

MARTIN. Pues que respete las mías... y ya veremos si respeto las suyas, que probablemente no las respetaré;

porque, hijo mío, monomanías místicas y mojigangas espirituales se curan en una casa de salud con buena carne que regenere el licor sanguíneo y duchas de agua fría que fortalezcan el sistema nervioso; pero no se toleran en el seno activo y fecundo de la sociedad.

JULIAN. Perdóname, padre mío, pero el pobre don Lorenzo nada ha dicho todavía.

MARTIN. Todavía no, pero ya verás lo que nos dice. ¡Si le conoceré yo, como á todos los de su calaña! Además que en el camino ya me echó sus puntaditas. ¡Con qué frescura me dijo al encontrarme, que no había podido llegar á tiempo porque tuvo junta de cofradía! ¡Junta de cofradía! Si hemos de ser parientes ya le educaré yo.

JULIAN. ¡Por Dios, padre! mira que comprometes mi felicidad! ¡la felicidad de tu Julián, á quien tanto quieres!

MARTIN. ¿Por qué la comprometo?

JULIAN. ¡Porque si riñes con don Lorenzo!...

MARTIN. ¿Te vas á casar con él ó con su hija?

JULIAN. ¿Y si don Lorenzo se opone á la boda?

MARTIN. Como la chica te quiera le desobedece y se casa contigo.

JULIAN. ¿Y está bien que un hijo desobedezca á su padre?

MARTIN. ¿Eh?... Si está bien, preguntas, que... No, no está bien, no señor. ¡Pero tampoco está bien que tú seas desdichado!

JULIAN. ¡Y lo sería; porque yo no puedo vivir sin mi Angustias! ¡porque me moriría si la perdiese! ¡porque yo no sé lo que haría si el caso llegara!

MARTIN. ¿Pero quién habla de perderla? El matrimonio hasta cierto punto es una preocupación de otros tiempos; una necesidad social tal vez, pero transitoria; una de tantas vejeces como iremos echando á la fosa de las cosas muertas. Pero en fin, tú quieres casarte, y yo, por darte gusto, no me opongo.

JULIAN. Te opones, si haces que estalle entre don Lorenzo y tú

un conflicto; te opones, si espantas á ese buen señor con tus ideas y me retira su palabra; te opones, en fin, si le irritas y le ofendes, y le exaltas, y le obligas á plantarnos en la calle.

MARTIN. ¿Que nos planta en la calle? ¡Quisiera yo verlo! ¿Conque en la calle? Pues entraríamos por el balcón, y nos llevaríamos á la chica si valía la pena, y te casarías con ella, y que se quedase don Lorenzo con sus cuadros de santos, y su soledad de anacoreta, y sus éxtasis místicos. ¡Hola! ¡hola! ¡á mí la lucha! ¡oponerse á mi voluntad! ¡sacrificarte á tí! No me detuvo la gran roca del *pedregoso*, que perforé en veinte días, ¿y ha de detenerme ese estantigua?

JULIAN. ¡No digas esas cosas, padre! ¡no digas esas cosas, que me espantas!

MARTIN. ¡Melindrosillo te me has vuelto! ¿Qué es la vida más que la lucha? ¿Qué es la voluntad más que la fuerza para vencer? ¿Qué es este cuerpo nuestro más que hervidero de apetitos que despiertan las energías, y ensanchan la existencia, y llenan de poderosas palpitaciones el círculo que nos rodea? ¿Deseas? bueno; es que vives. Pero logra lo que deseas ó serás escarnio de la naturaleza, que también tiene sus carcajadas de burla para el débil, como tiene sus himnos de triunfo para el fuerte. ¿Qué es eso? ¿bajas la cabeza y te quedas tristón? ¿Te parece mal lo que te digo? ¿También me crees un malvado?

JULIAN. No, padre; yo sé que eres muy bueno en el fondo.

MARTIN. Hombre, ¿nada más que en el fondo?

JULIAN. No; para mí eres bueno y cariñoso hasta lo más profundo de tus entrañas.

MARTIN. ¿Nada más que para tí? ¿Y para los demás?

JULIAN. Para don Lorenzo... ¡algo injusto!... ¡bastante exagerado!... ¡y casi casi intransigente!

MARTIN. Dilo de una vez; dí que soy un fanático. Pues bueno, con el error hay que serlo: yo tengo mi fé y mis creencias; y defiendo la verdad, y para defender la verdad

no sobra el fanatismo. Lo demás es ser hipócrita y cobarde, que es lo que me parece que vas tú siendo.

JULIAN. Eso mismo dice don Lorenzo; ni más, ni menos: con el error no se transige; firmar con él siquiera sea una tregua, es ser cobarde, débil y traidor. Ahí tienes lo que él sostiene.

MARTIN. Pues estamos conformes él y yo.

JULIAN. ¡Si, conformes en lo malo: linda conformidad! Pero, señor, ¿por qué? ¿Por qué esta enemiga que os devora? ¿Qué te importa que don Lorenzo viva con la vida del espíritu y en éxtasis religiosos busque la satisfacción de sus aspiraciones ideales? ¿Qué le importa á él que tú luches y venzas á la materia con todas las prodigiosas creaciones de la ciencia y todas las fuerzas de la moderna industria? ¿Qué os importa á los dos que Angustias y Julián se amen con todo el amor de la juventud y todas las esperanzas de la vida? ¡Pues no! ¡Él, empeñado en asfixiarnos con incienso! ¡Tú, empeñadísimo en hacernos volar con dinamita! ¡Dejadnos, padre mío, dejadnos, y os respetaremos como debemos respetaros; y os querremos mucho; y tomando de uno y otro lo bueno sin odios ni exageraciones, podremos ser felices; y felices nos habreis hecho en vez de hundirnos en la desesperación!

MARTIN. ¿Conque de uno y otro?

JULIAN. ¡Sí; porque en él y en tí hay algo bueno!

MARTIN. ¡Muchas gracias!

JULIAN. ¡Y mucho malo!

MARTIN. ¡Á ver! ¡á ver!

JULIAN. ¡Él abomina de todo lo moderno, sin reparar en que es el fruto bendito de tantos siglos de lucha! ¡Tú desprecias todo lo pasado sin querer comprender que en ese pasado estuvo encarnada la lucha que os ha dado el triunfo!

MARTIN. ¿Y tú quieres utilizar lo uno y lo otro para tu comodidad?

JULIAN. ¡Por qué no! Con tu inteligencia, con tu trabajo hon-

radísimo, te has hecho rico; y con tu generosidad me has hecho rico á mí; pues con esta riqueza, mientras la vida dure, allanaré el camino de la vida á mi Angustias, y á mis hijos y á todos los seres queridos; que esto me parece legítimo, y noble, y hasta santo; y cuando los años pasen, y la separación eterna se aproxime, le pediremos á don Lorenzo la parte sana y pura de sus ideales, para iluminar con la esperanza el último crepúsculo de la existencia.

MARTIN. Muchas palabras; pero algo embrollado está eso.

JULIAN. Pues lo diré más claro y más breve. Hoy quiero amar á Angustias.

MARTIN. Bueno: lo comprendo, si es guapa.

JULIAN. Quizá no lo comprendes; pero adelante. Después, con el oro que tengo, quiero que gocemos honestamente de la vida, ella y yo y todos los míos.

MARTIN. También lo comprendo.

JULIAN. Quizá no lo comprendes del mismo modo que yo, pero concluyamos. Y mañana, cuando la vida se acabe, quiero creer que empezará otra vida en que los séres que aquí nos amamos, seguiremos amándonos.

MARTIN. ¿En el cielo de don Lorenzo? (Con ironía.)

JULIAN. ¡En el cielo de la esperanza! ¿Esto lo entiendes tú?

MARTIN. ¡Ya lo creo! Que cuando llegues á viejo te harás beato. ¡Pues no pides poco! ¡amar mucho: vivir bien: morir mejor: y después la vida eterna! ¡demonio de chico, y qué aprovechado me ha salido!

JULIAN. ¿Te pesa mi felicidad?

MARTIN. ¡Ya sabes que no, tunante! Te doy lo que tengo: la mitad de mis minas en California: no te puedo dar el paraíso de tu venerable consuegro, porque hasta la fecha no he podido encontrar el filón de esa otra mina.

JULIAN. Pues déjame pedírselo á don Lorenzo.

MARTIN. ¡Si la sociedad del pobre señor está en quiebra! ¡si lo sé por buen conducto!

JULIAN. ¿Y qué te importa?

MARTIN. ¡Que yo no transijo con lo absurdo, con lo erróneo,

con lo caduco, con lo reaccionario!

JULIAN. ¡Ya escampa! ¡Qué te oiga don Lorenzo, y habrás hecho la desgracia de tu hijo para toda la vida! ¡Qué te importa, si triunfa lo racional, lo verdadero, lo moderno y lo progresivo! Es decir, si triunfa entre estas cuatro paredes... que fuera, contigo y sin tí, ya prevalecerá lo que debe prevalecer. ¡Pero aquí, por el gusto de mortificar á ese pobre señor, habrás sacrificado á tu hijo! (Se arroja desesperado en el sofá.)

MARTIN. ¡Qué exageraciones las tuyas! ¿quién te ha dicho, que quiero sacrificarte? ¿ni quién, que he de repitir á ese pobre diablo lo que aquí en el seno de la confianza acabo de decirte?

JULIAN. (Levantándose con alegría.) ¿De veras, padre mío? ¿tendrás juicio? ¿tendrás prudencia?

MARTIN. ¡Juicio! ¡prudencia! ¡á fé que eres respetuoso con tu padre! ¡aunque soy avanzado en ideas, no llego á tanto!

JULIAN. Perdóname: no sé lo que digo. Perdóname y ten compasión de mí: de tu Julián que tanto te quiere, que por tí daría la vida, que en ti funda todas sus esperanzas. ¡No lo estás viendo! ¿á quién acudo? ¿acaso á don Lorenzo? ¡No: á tí; porque sé, que lo que tú no hagas por tu Julián, nadie en el mundo podría hacerlo! ¿No es verdad? respóndeme, padre, respóndeme. (Con cariño, con mimo, con dulzura.) ¡Sé tan bueno como siempre has sido con tu hijo!

MARTIN. Procuraré serlo. Ea: ya me engañaste.

JULIAN. ¿De modo que cedes á mi ruego?

MARTIN. Haré lo posible: me contendré: tendré calma: le dejaré rezar sus letanías sin demasiada impaciencia.

JULIAN. ¡Gracias, padre, gracias! ¡Si ya lo sabía yo: si se lo he dicho á Angustias! Dos veces me diste la vida: una vez, cuando me arrancaste de la nada; otra, cuando me sacaste de las olas; y hoy, por vez tercera, salvándome de la desesperación.

MARTIN. De América saliste hecho un ingeniero; pero en Europa

veo que te has hecho todo un retórico: ¡como que es lo que priva en estas tierras!

JULIAN. ¡Retórica del corazón! ¡Y ahora cuidado con don Lorenzo!

MARTIN. No temas: mucho cuidado y mucho mimo.

JULIAN. El viene: acuérdate de mí.

MARTIN. ¡Mira qué cara! ¡y mira qué facha!

ESCENA VIII.

JULIÁN, D. MARTÍN y D. LORENZO por la derecha.

LOR. ¿Has descansado? (En voz alta á D. Martín.)

MARTIN. No fué preciso descansar... (Conteniéndose porque le tira del brazo Julián, y con exagerada cortesía) pero te agradezco la atención.

LOR. ¿Quiéres que hablemos?

MARTIN. Cuando te plazca.

LOR. ¿Podría ser ahora mismo?

MARTIN. Estoy á tus órdenes. (Ap. á Julián.) (¿Qué tal?)

JULIAN. (Ap. á D. Martín.) (¡Muy bien!)

LOR. Pues mira, Julián... quisiera quedarme á solas con tu padre.

MARTIN. Obedece á este señor, y véte. (Á su hijo, fingiendo autoridad.)

JULIAN. Sí, señor. (Fingiendo humildad.)

LOR. No; hacia esa parte no. Está Angustias... con una señora.

MARTIN. Á donde él te diga. (Á Julián.)

LOR. Allí... al cuarto de tu padre. (Señalando á la izquierda.)

JULIAN. Sí, señor. Adios... Don Lorenzo. ¿Qué se dirán? No; yo no los pierdo de vista.

ESCENA IX.

D. MARTÍN y D. LORENZO.

LOR. (Después de una pausa.) ¿Conque esos chicos quieren casarse?

MARTIN. No son los primeros, ni serán los últimos que den en semejante manía.

LOR. ¡Manía!... El matrimonio no se llama manía, se llama Sacramento.

MARTIN. Conque, Sacramento... (¡Si no fuera por Julián!) Bueno; adelante.

LOR. Y nosotros hemos consentido en la boda... así... en principio.

MARTIN. Precisamente.

LOR. Pero hay que fijar algunos puntos de importancia, al menos para mí.

MARTIN. Para los dos.

LOR. Ante todo, trataremos, no porque sea lo más importante, sino para dejarlo á un lado, de la miserable cuestión de intereses.

MARTIN. Trataremos de ella; aunque á decir verdad no me parece miserable la tal cuestión, sino en el caso de que sean miserables los intereses.

LOR. Lo son siempre ante otras cosas más altas.

MARTIN. Pues sea; siempre. (Haciendo un esfuerzo.)

LOR. Yo no soy pobre, pero no soy rico como tú. Tengo tres mil duros de renta: daré la mitad á mi hija, y con los treinta mil reales restantes pagaré lo que corresponde á mi mujer y podré vivir todavía desahogadamente.

MARTIN. ¡Con mil pesos vas á vivir desahogadamente! ¡Diablo y con qué poco vivís los santos!

LOR. Los santos viven con mucho menos.

MARTIN. No lo dudo; pero vivirán muy mal. En fin, es cuestión de gustos y no hemos de disputar sobre los lujos de la santidad. Pero mira, (Con tono cariñoso.) yo no quiero que te prives de nada, ni que des dote, ni grande ni pequeño, á tu Angustias. Yo soy rico; he cedido la mitad de mi fortuna á Julián, y tienen los chicos para vivir espléndidamente.

LOR. Es que yo no quiero que vivan espléndidamente; ni que el oro corrompa sus almas; ni que mi Angustias se acostumbre á esa riqueza deslumbradora, que es vesti-

dura del vicio, y llave del pecado y causa de condenación. Yo quiero que vivan con modestia, sin vanidades ni ostentaciones; eso quiero yo.

MARTIN. (Exaltándose.) Y yo quiero que vivan como lo que son; como gente rica. Y no paso porque la miseria les achique y envilezca; ni porque mi Julián se acostumbre á tus mezquindades y estrecheces. ¿Y todo para qué? ¡para ceder mis millones Dios sabe á quién!

LOR. Yo no proyecto hacer donación de tus millones á nadie, porque no los tomo. ¡Y por ese camino no nos entenderemos! (Levantándose.)

MARTIN. ¡Si te empeñas en no entenderme, claro está!

LOR. Yo entiendo que te empeñas en hacer de los chicos dos esclavos de la ostentación, dos polichinelas de la moda, dos séres corrompidos.

MARTIN. Y tú quieres hacer de ellos dos anacoretas del desierto ó dos acólitos de tu cofradía.

LOR. Poco perderían en ello.

MARTIN. Perderían todo lo que tienen, dos millones quinientos mil pesos; ¡no es cosa!

LOR. Tus millones de pesos no me deslumbran, que son lastre para caer más aprisa en el infierno.

MARTIN. Ni tus ayunos á pan y agua á mí tampoco me tientan, que con ese sistema pronto cae uno en el cementerio.

LOR. ¡Allá hemos de ir todos!

MARTIN. ¡Lo más tarde posible y por camino real!

LOR. Pues será como yo digo, porque de lo contrario, mi Angustias...

MARTIN. Pues será como digo yo, ó te juro que Julián...

ESCENA X.

D. MARTÍN, D. LORENZO, JULIÁN por la izquierda.

JULIAN. ¡Padre!... ¿me llamabas?

MARTIN. ¿Qué si te llamaba? no por cierto.

JULIAN. Me pareció oir mi nombre... y por eso... (Escusándose.) Además, creí entender que trataban ustedes de una cuestión que... á la verdad, no vale la pena... Has de saber, padre mío, que yo no quiero, bajo ningún concepto, entregarme á la holganza, plaga de este mundo viejo y corrompido ¿verdad padre? Que yo no quiero dejarme dominar por la pereza, uno de los siete pecados capitales ¿verdad, don Lorenzo? ¡Yo deseo trabajar! sin nada empezaste tu carrera (Á su padre.) sin nada, ó con muy poco, empezaré yo. ¿No soy ingeniero? pues á mi oficio. ¿No soy casi un yankée? ¡pues, *all* right! ¡Á trabajar! sí, señor. (Á D. Lorenzo.) Es sentencia divina: ganarás el pan con el sudor de tu frente. ¡Dios lo dijo, y hay que respetar su voluntad! ¡Yo pertenezco á la nueva raza, padre: la del génio, la de la industria, la que domeña las fuerzas naturales y arranca á la naturaleza sus secretos! ¡la del trabajo! ¡Yo pertenezco á la raza de Adan, don Lorenzo: la del pecado original, la de la redención, ¿eh? ¡pues, la redención! ¡el trabajo! ¡el castigo! ¡Digo! ¿me parece que todos estamos conformes? ¿que á esto nada tendrán ustedes que oponer? (¡Ay, Dios mío, si les habré convencido!) (Esto último aparte. D. Martín y D. Lorenzo le escuchan con alguna desconfianza, pero haciendo á veces señales de asentimiento. Esto queda encomendado á los actores.)

MARTIN. ¡Diablo de chico! ¡el caso es que tiene razón!

LOR. Muchas de las cosas que dice, son aceptables, sin duda alguna.

JULIAN. Pues bien, no discutan más y dejen ustedes ese punto á mi cuidado. Si al cabo del año hay un déficit, ya acudiré á mi querido papá. (Á D. Martín en voz baja.) Ya usted sabe que yo no soy ostentoso, conque tenga usted confianza en mí, por la Virgen Santísima. (En voz baja á D. Lorenzo.)

MARTIN. ¿Te parece que no riñamos? (Á D. Lorenzo.)

LOR. Yo nunca riño por gusto de reñir.

MARTIN. Pues dejemos el asunto á la resolución de Julián.

LOR. Bueno. Y digo bueno, porque veo que se inclina á mi opinión.

MARTIN. ¡Ah!...

JULIAN. ¡Por Dios, padre!... (Conteniéndole.)

MARTIN. (Ap.) (¿Lo ves? ¿lo ves? ¿cómo es más terco que yo?)

JULIAN. (Ap.) (Es natural, porque me quiere menos que tú.)

MARTIN. Pues adelante, y déjanos. (Ap.) (¡No sé como me contengo!)

JULIAN. Bien está. Ya me voy. (Ap.) (Es preciso que venga Angustias.)

LOR. ¿No te has ido aún?

JULIAN. En este mismo momento. (Sale por la derecha.)

ESCENA XI.

D. LORENZO y D. MARTÍN.

MARTIN. Sigue exponiendo tus condiciones ó pretensiones. (Con mal tono.)

LOR. Precauciones en todo caso.

MARTIN. Nunca disputo sobre palabras. (Lo mismo.)

LOR. Tanto mejor.

MARTIN. Adelante.

LOR. Adelante. Hecha la boda, tú te vuelves á América. ¿Eh?

MARTIN. Precisamente. (Para perderte de vista.)

LOR. Pues los chicos se quedan en Madrid; y como los dos son muy jóvenes, se quedan en mi casa y viven conmigo.

MARTIN. ¿En tu casa? ¿contigo? ¿sometidos á tu disciplina? ¿sujetos á tus reglas y costumbres semimonásticas? ¿bajo la influencia de tus ideas?... ¡ya ves si soy prudente, que no digo más que *tus ideas*!

LOR. Ni más, ni menos. Mi hija conmigo, y conmigo tu Julián.

MARTIN. ¿Á tu alcance mi hijo? ¿para qué le catequices? ¿para que le lleves al jubileo y á la novena, y le hagas her-

mano de tu cofradía? ¿para que á la vuelta de dos ó tres años el hijo de Martín Pedregal se convierta en un beato rídiculo, amarillo como la cera, tristón como penitente, flacucho como viernes de cuaresma, y como tú hipocrita y fanático? ¡Qué más querrías tú que introducir el cisma en mi familia, y mezclar tu sangre anémica de sacristán, á mi sangre roja de revolucionario!

LOR. ¡Poco á poco, señor fracmasón! ¡Respete usted mis creencias, como yo respeto las suyas! Es decir... como yo las respeto, no; ¡porque yo no puedo respetar lo que es corrompido, pecaminoso, desvergonzado y brutal!

MARTIN. Pues estamos iguales.

LOR. En lo del desprecio, sí; pero en nada más.

MARTIN. Ya lo veo.

LOR. ¿Imaginaste que yo te entregaba la hija de mi corazón para que la convirtieses en maniquí de tus impuras vanidades? para que de su cuerpo de ángel colgases las ostentosas galas en que se va derritiendo el oro que ganaste en California, Dios sabe cómo? para que la expusieses en teatros y bailes ¡si ya me lo figuro! escandalosamente descotado su pecho virginal y ceñido el cuello de pedrería hecha ascua con luces de Satán, después de haber arrancado la santa medalla de la Vírgen? para que aquellos brazos, que le enseñé á cruzar sobre el seno en el acto de la plegaria, rozasen desnudos con el ridículo frac de un sietemesino insolente ó de un viejo lividinoso? ¿Imaginaste, desdichado, que sin más ni más te regalaba mi dulcísima y casta Angustias, para que como el diablo lleva en triunfo á sus elegidos, la paseases en carretela abierta en el Bois de Boulogne entre mundanas, ó la llevases á América entre protestantes? Pues no, no y no: ¡antes la llevo al convento con su madre!

MARTIN. ¿Has acabado?

LOR. Porque se me acaba el aliento, no porque se me agote

la materia.

MARTIN. Pues ahora verás si á mí se me corta el aliento tan fácilmente. ¡Oye, oye! ¿Imaginaste, miserable fanático, que yo, sin más ni más, iba á entregarte mi Julián, para que su noble cerebro que vibra con todas las ideas modernas y brilla con todos los resplandores de la ciencia, se me llenara de hollín con el humo de tus incensarios? para que sus labios que han pronunciado palabras de progreso y libertad en los meetings americanos se convirtiesen en monótono cuclillo de letanías? para que sus rodillas que han apretado los poderosos lomos de uno y otro caballo de las Pampas en sus reconocimientos de ingeniero, se arrastrasen por las losas del templo entre sucios vestidos de beatas? para que sus manos que han asido la férrea palanca de la enrojecida locomotora, se manchasen con la cera que gotean los cirios de tus procesiones? para que del hombre libre, del pensador darwiniano, del que debe engendrar una nueva raza, hicieses tú, á la vuelta de un año, un pálido, enclenque y despreciable fanático como tú? Pues no, no y no. Antes me lo llevo á América y lo entierro en las arenas auríferas de California, con lo cual tendrá expléndida tumba, ó le meto en el terraplen de una vía férrea, con lo que al menos sostendrá la locomotora que corre y no se descompondrá estérilmente en el pudridero á que quieres arojármelo.

LOR. ¿Acabaste de vomitar sandeces y blasfemias?

MARTIN. ¿Acabaste tú?

LOR. ¡Yo, no!

MARTIN. Pues yo tampoco, conque sigue.

LOR. ¡Pues allá voy!

ESCENA XII.

D. LORENZO, D. MARTIN, ANGUSTIAS y JULIÁN.

JULIAN. Padre, padre... Angustias quiere conocerte y saludarte.

MARTIN. ¡En buen momento! (Ap.) Señorita...

LOR. (Ap.) (¡Sin duda han escuchado!...)

ANGUST. ¡Ah, señor don Martin!... ¡y cuánto deseaba conocer al padre de Julián!...

MARTIN. Pues yo... crea usted... (Ap.) (¡Y es hermosa de veras!) (En voz baja á Lorenzo.) ¡Imposible parece que sea hija tuya!

LOR. ¡Muchas gracias! (Lo mismo.)

JULIAN. ¿Acabaron ustedes? (Forman dos grupos: á la izquierda Lorenzo y Martín: á la derecha Angustias y Julián.)

MARTIN. Á punto de acabar estábamos.

JULIAN. Pues Angustias y yo... también proyectábamos algo... contando, por supuesto, con el beneplácito de ustedes.

MARTIN. ¡Hola! hola! serán proyectos de viaje? un buen nido para la luna de miel.

LOR. ¡Nido forman los pájaros! ¡familia forman los hombres!

MARTIN. (Ap.) (¡Otra leccioncita!)

LOR. (Ap.) (La da quien puede: ¡y la recibe quien la ha menester!) (Julian y Angustias observan con ansiedad estos apartes.)

JULIAN. ¿Están ustedes acabando de concertar la boda?... y perdonen la pregunta.

MARTIN. Procurábamos adivinar vuestros proyectos.

LOR. Iba yo á imponerle otra condición más. (Con energía.)

MARTIN. Y decíale yo que no acepto ninguna. (Con violencia.)

LOR. ¡Pues sin esta no hay boda! ¡Y tras esa vendrá otra, y otra, y otras muchas!

MARTIN. Pues sin conocerlas ¡rechazo la primera, y rechazo la segunda y las rechazo todas!

ANGUST. ¡Padre!... ¡por Dios!

JULIAN. ¡Padre!... ¡no me enloquezcas!

LOR. ¡Martín!... ¡mira que no me conoces!

MARTIN. ¡Porque te conozco de sobra, te atajo á tiempo!

LOR. ¡Me parece que esto se acabó!

MARTIN. ¡Por mí, acabado!

ANGUST. ¡Ay, Dios mío, Dios mío!... (Cae llorando en el sofá.)

JULIAN. No más, no más, padre; ¡la quiero con toda mi alma y

no tienes derecho para lanzarme á la desesperación! Don Lorenzo, nuestro amor es puro y santo, y usted que tanto teme á Satanás, obra de Satanás consuma miserablemente al precipitarnos en la rebeldía! ¡Pensadlo bien, pensadlo, porque Angustias ha de ser mi esposa, mal que pese á vuestros fanatismos!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

D. MARTÍN y JULIÁN.

JULIAN. ¡Qué felíz soy, padre mío! ¡Y todo te lo debo á tí!

MARTIN. ¡Ay, hijo del alma! ¡qué aburrido, qué desesperado y qué maltrecho me veo! ¡Y todo por tí y por tus sublimes amores!

JULIAN. ¡Ya no faltan más que tres días!

MARTIN. ¡Tres siglos han de parecerme!

JULIAN. ¡Un poco de paciencia!

MARTIN. ¿Te parece que tengo poca? Sobre que el caserón me abruma con sus sombras y con sus tristezas me angustia; sobre que esos cuadros viejos y oscuros, de santos, santas, martirios y conversiones, me cercan de contínuo como ronda, que Lorenzo llamaría angélica, y yo me atrevo á llamar diabólica; sobre que en mi alcoba hay un San Jerónimo enorme, que todas las mañanas, con la primera luz del día, que penetra por las rendijas del balcón, me hace muecas y me enseña una escandalosa calavera, como diciéndome: «en

es to acabará el orgulloso Martín Pedregal;» sobre todo esto, repito, á que no estoy acostumbrado, y que me da pesadillas y me quita el apetito, cuenta, hijo querido, que si de los lienzos pintados paso á los cuerpos vivos, me encuentro con el impasible, fúnebre y severísimo don Lorenzo.

JULIAN. Pero si es muy bueno.

MARTIN. Muy bueno para tenerlo á dos mil leguas de distancia. Y si lo es tanto, que lo canonicen, que lo coloquen sobre un altar, que celebren funciones en honor suyo, que yo las pagaré si es preciso; pero que lo aparten de mi camino. ¡No puedo más! ¡vamos, que no puedo más!

JULIAN. ¿Pero qué hace el pobre?

MARTIN. ¿Qué hace? ¡pues no es cosa! ¡Cada día un nuevo escrúpulo, una exigencia nueva! ¡Cedo á una de sus pretensiones, pues ya tiene otra de repuesto, y así en série interminable y beatífica! ¡Basta ya, hijo mío! ¿Te acuerdas cuando estalló el *Rápido*? Cargaste las válvulas al máximo: no fué suficiente: las cargaste más: subió la presión y ¡púm! ¡reventó la caldera y todo se lo llevó el diablo! Pues cuenta que mis válvulas marcan cuatro mil atmósferas, un milígramo más ¡y doy un estallido!

JULIAN. ¡Como entonces me sacaste de las olas, me sacarías hoy!

MARTIN. ¡Posible es! que á este materialista impenitente, como dice Lorenzo, ¡aun le queda un rinconcillo blando y jugoso en el corazón!

JULIAN. ¡Si supieras cuánto amo á esa mujer!

MARTIN. Si lo sé, hijo mío: ¡si me lo repites cuatro veces por hora! Por la mañana, entras, me das un abrazo y me dices: «¡qué hermosa está Angustias, cuánto la quiero!» Quince minutos después vuelves: «¡pues mira, papá, hoy se siente mejor Angustias: si supieras lo que yo amo á esa niña!» Á los treinta minutos: «¡y si vieras que alegre la he encontrado! ¡adorable, ado-

rable, padre del alma!» Á los cuarenta y cinco: «¡qué buena, qué buena es! ¡vamos, yo estoy loco!» De modo que no necesito reló: quieres á los cuartos de hora; á las medias horas, amas; adoras á los tres cuartos, y enloqueces con la primera campanada de la hora justa. Y por si algo me faltase, Lorenzo marca los minutos con letanías, sermones y pláticas. Con todo lo cual, no veo el momento de marcharme á todo vapor de este bendito Madrid, y á toda hélice de esta noble y católica tierra de España.

JULIAN. Pues todo eso que te digo, es poco en comparación de lo que siento. Su amor es mi vida entera, con todas sus ilusiones, con todas sus esperanzas, con sus energías todas. ¿Angustias es mía? ¡pues dispon de mí! ¡no hay imposibles para tu Julián! la ¡existencia se dilata ante mis ojos como horizonte infinito lleno de luz! ¿Os empeñais en que renuncie á esa mujer? ¡pues se acabó todo! ¡ni creo, ni amo, ni vivo, ni trabajo! el mundo se estrecha á mi alrededor como las paredes de un negro pozo: y la luz, allá arriba, cada vez más pequeña y más lejana, huye y se extingue, dejándome en el fondo como cuerpo muerto.

MARTIN. Ya te sacaríamos del pozo: de esos pozos metafísicos y metafóricos se sale fácilmente. ¡Un día de sol! ¡una buena cena! ¡la palpitación jadeante de una locomotora que pasa! ¡la emoción de una gran jugada! ¡el noble empeño de un problema! cualquier sacudida de la existencia real, despiertan á un hombre y le hacen olvidar niñerías y desatinos.

JULIAN. Niñerías, tal vez; porque todos somos niños: pero desatinos, no; que el amor es lo más real de la vida y lo más hermoso de la existencia.

MARTIN. Cuando vale la pena, no lo niego.

JULIAN. ¿Y cómo habías de negarlo? ¿Acaso no amaste con toda tu alma á mi madre?

MARTIN. (Con disgusto y procurando evitar la conversación.) ¡Ps!... cuando uno es joven... yo no digo... pero á mi edad...

en fin, á otra cosa.

JULIAN. ¿Por qué hemos de evitar el recuerdo de los séres queridos? (Acercándose á él.) La quisiste mucho, ¿verdad? La prueba es que siempre que te hablo de ella te pones sombrío.

MARTIN. Pues si ves que me pongo sombrío... no me hables... de tu madre. (Con enojo.)

JULIAN. (Sin atenderle.) ¡Cuánto daría yo porque presenciase mi boda! ¡Con ella mi dicha sería completa!

MARTIN. ¿No te basta conmigo?

JULIAN. ¡Á tí, ya te tengo entre mis brazos!... pero ¿y ella?... ella, ¿dónde está?

MARTIN. (Desprendiéndose de los brazos de Julián y pasándose con enojo.) ¿Ella?... ¡qué sé yo!... ¡también es ocurrencia!

JULIAN. Don Lorenzo es más feliz que tú; porque él no contestaría: «qué sé yo:» él diría, «está en el cielo.»

MARTIN. No, hijo; no. Él diría: «la tengo muy guardadita en un convento;» que no es lo mismo. Pero te ruego que no hablemos de cosas tristes. ¿Qué necesidad hay de ponerse de mal humor?

JULIAN. (Ap.) (¡Cuánto la quería!)

MARTIN. Vengamos al presente, y dime con verdad, ¿estás contento?

JULIAN. ¡Contentísimo, padre mío!

MARTIN. ¿Me he portado bien?

JULIAN. Como un padre que adora á su hijo.

MARTIN. ¿He sido prudente y conciliador?

JULIAN. ¡Hasta no más!

MARTIN. ¡Pues hasta no más!

ESCENA II.

D. MARTÍN, JULIÁN, ANGUSTIAS por la derecha, segundo término.

ANGUST. Don Martín...

MARTIN. ¿Qué quieres, hija mía?

ANGUST. Que papá le espera á usted en su despacho. Desea hablar con usted.

JULIAN. (Muy alarmado.) ¡Ay de mí! Ya tenemos otro conflicto. ¿Lo ves, Angustias, lo ves? Si yo debí llevarme á mi padre con pretexto de visitar Toledo, el Escorial ó cualquier otra maravilla, aunque fuese los cien pozos de Ciempozuelos, y no volver hasta el día de la boda.

MARTIN. ¡Pues recuerda lo que te he dicho! ¡que no me apure, y que no me apure ese buen señor! ¡Tengamos la fiesta en paz, y basta de complicaciones!

ANGUST. ¿Pero qué están ustedes diciendo? ¡si no hay tal conflicto, ni tales complicaciones! Si papá está muy contento; jamás le he visto de mejor humor. ¡Claro es! ¡como usted ha cedido en todo, está gozoso con su triunfo! (Con ligereza, sin saber lo que dice.)

JULIAN. (Tirando del vestido.) ¿Pero qué estás diciendo, criatura?

MARTIN. ¡Conque su triunfo!... ¿Conque me aplastó?

ANGUST. No, señor; no es eso. Dije mal. No he sabido explicarme. (Muy apurada.) Crea usted... yo le aseguro á usted...

MARTIN. Sí, hija, sí. ¡Si le conozco bien! Si ya adivino todo lo que se goza con mi humillación. Si me lo figuro dando cuenta á la cofradía, «de cómo despreció mis riquezas; de cómo me impuso el matrimonio religioso; de cómo retiene en su casa á mi hijo y me remite al día siguiente de la boda á los Estados-Unidos con fracmasones y protestantes; de cómo no asistió á la ceremonia ni un libre-pensador y me hizo *tragar* en cambio á don Bernardo, á don Policarpo y á don Nepomuceno...» ¡ya lo creo que me los tragaría... si no fuera por tí!

JULIAN. ¿Ves lo que has hecho? (Á Angustias.)

ANGUST. ¡Si no me dejan ustedes hablar!... ¡Si no me dejan ustedes explicarme!

JULIAN. Mejor sería que no explicases nada.

ANGUST. Pues yo digo que sí, ¡válgame Dios! Papá quiere hablar con don Martín, no para imponerle nuevas condiciones...

MARTIN. ¡Que probasé!

JULIAN. ¡Por Dios, padre!

ANGUST. Sino para combinar entre ambos... ¿cómo diré yo?... (Riendo.) así... los últimos perfiles de la boda: á qué hora... si ha de ser en la iglesia ó en casa... si tiene don Martín algún amigo á quien desee invitar... ¡Ea! ¿es esto un conflicto por ventura?

JULIAN. ¿Lo ves, padre? (Á Martín.)

ANGUST. ¿Lo vé usted, don Martín?

MARTIN. (Calmándose.) Bueno, bueno: si no es más que eso, allá voy. ¿Sitio y hora? en todo duelo los dejo á la elección de la parte contraria. ¿Invitaciones? precisamente llegó ayer un naturalista americano, discípulo de Darwin y gran amigo mío, que ha escrito una admirable memoria sobre las condiciones eléctricas de la conciencia: lo echaremos á reñir con don Bernardo.

JULIAN. ¿Pero después de la ceremonia? ¿eh?

MARTIN. No tengas cuidado.

JULIAN. Piensa en mí y piensa... ¡en Angustias también!

MARTIN. ¿Pues si no fuera por vosotros, qué no habría hecho yo con esta casa? ¡Ni las ruinas de Palmira, ni las de Italia serían ruinas más arruinadas, que las de este antro monástico de don Lorenzo, pulverizado por las iras de don Martín! Vamos allá... y no tengais miedo, que cuando no me hostigan mucho, no soy tan fiero... como dice aquél. (Sale por la derecha, segundo término.)

ESCENA III.

ANGUSTIAS y JULIÁN.

JULIAN. ¿Verdad, que no? (Señalando á D. Martín que sale.)

ANGUST. Cuando no riñe con papá me parece muy bueno y muy amable... pero mira que entre los dos ¡nos han dado buenos sustos! Cuántas veces he creído... ¡que la boda se deshacía, que nos separaban para siempre!

JULIAN. ¡Ya! ¡ya! ¡pero ellos á descomponerla y á componerla

nosotros, al fin hemos vencido! ¡el amor puede siempre más que el odio!

ANGUST. ¡Es verdad!

JULIAN. Se amansaron las fieras: se zanjaron las dificultades: ¡no queda ni un punto litigioso sobre el tapete, ni un punto negro en el horizonte!

ANGUST. ¡Hoy todo es dicha, ventura y esperanza!

JULIAN. ¡Y amor eterno!

ANGUST. ¡Pasó el peligro!

JULIAN. Por más que discurro y alambico las cosas no veo ninguno.

ANGUST. Ni yo tampoco. Y sin embargo, no duermo ninguna noche pensando en lo que podrá suceder al día siguiente.

JULIAN. ¡Pobre Angustias!

ANGUST. ¿Te vas á reir de mí?... ¡son pequeñeces!... ¡nimiedades! ¡y para mí son montañas!

JULIAN. ¿El qué?

ANGUST. Cosas como esta: á las tres y las cuatro de la madrugada estoy yo cavilando sériamente ¿en qué dirás? en si nos desayunaremos al otro día en familia y en qué consistirá el desayuno.

JULIAN. ¡Gran problema!

ANGUST. ¡Ya lo creo! porque si les doy chocolate, tu padre ha de decir algo ¡*del chocolate de los frailes*! y si les doy *café*, el mío la emprende ¡con los *Estados-Unidos*! de modo, que al fin resuelvo que cada cual se desayune en su cuarto, y darles *té* que me parece bebida menos peligrosa.

JULIAN. ¡Y pensabas que iba á tomarlo á risa! ¡no, hija mía, que todas esas pequeñeces empiezan por ser cómicas y acaban por ser trágicas! Hay en todo lo que nos rodea, nada por insignificante, por ridículo, por mínimo que parezca, que no pueda convertirse en una catástrofe! El clásico cocido hace hablar de nuestras antiguas costumbres: nuestras antiguas costumbres hacen surgir el viejo catolicismo: y la religión de nuestros padres planta de un golpe á don Lorenzo y á don

Martín en el cráter del volcán. De la cocina francesa, á la Francia revolucionaria y regicida, no hay más que un paso; que más de una vez hemos visto salvar, con los ojos brotando fuego y los puños apretados, á los queridísimos autores de nuestros días y de nuestras angustias. Y ayer ¿te acuerdas? aquel mal aventurado *rosbif* encendió las iras de don Lorenzo contra la protestante Inglaterra! ¡tragona de papistas y de carne cruda!

ANGUST. ¡Ya me acuerdo, ya! ¡pero cuando me asusté de veras fué anoche! Como el padre Bernardo comía con nosotros...

JULIAN. ¡No digas más!... ¡ponerse en pie don Bernardo!... ¡y todos con él!... ¡rezar por lo bajo!... ¡y rezar todos!... ¡y la *bendición*! ¡y el inclinar la cabeza!... ¡y aquella cena que parecía la cena de los apóstoles!... ¡miré á mi padre, y se me heló la sangre en las venas!

ANGUST. ¡No!... ¡pues se portó muy bien!... ¡hizo lo mismo que todos!... ¡muy correctamente!... ¡yo se lo agradecí muchísimo!

JULIAN. ¡Como que es hombre muy bien educado!... ¡Pero la bilis que él devoró!

ANGUST. ¡Nada, Julián; que esto no ha sido vivir! ¡que esto ha sido una perpétua agonía!

JULIAN. ¡Por la agonía, y aun por la muerte hay que pasar para ir al cielo!... según dice tu padre.

ANGUST. ¡Pues bien ganado lo tenemos!

JULIAN. ¡Y tú no presenciaste la escena de esta mañana! Allá dentro te fuiste...

ANGUST. Porque de pronto recordé que había dejado en el despacho de papá la *Ilustración Americana*, que me dió don Martín, la que trae el grabado de «*la Huelga*.»

JULIAN. Sí, la reproducción del célebre cuadro: ¡hermosa obra del arte moderno! ¡qué fondo! ¡qué carácter! ¡qué figura, la de aquella mujer desgreñada!

ANGUST. Pues si lo ve papá, buena la hicimos!

JULIAN. Tienes razón; «¡antes Murillo y Rafael pintaban vír-

genes! ¡ahora lo sublime es pintar huelguistas!» hubiera dicho don Lorenzo, y ya teníamos una tremenda batalla de cinco horas ¡sobre el arte católico y el arte nihilista!

ANGUST. Por eso me llevé la ilustración, la declaré en huelga, y la escondí en mi armario.

JULIAN. ¡Bien hecho! ¡reclusión perpétua, como perturbadora del orden social! Pero eso no impidió, que entre tanto chocasen con tremendo choque las dos nubes tempestuosas. Mi padre ¡calculaba! sobre un papel. El tuyo leía en un folleto ó cuaderno. ¿Qué haces? preguntó de pronto el mío. Medito sobre un sermón que predicó hace días don Bernardo, replicó don Lorenzo. ¿Qué tema? La pobreza. Mi padre se rió con una risita que me hizo temblar. ¿Y tú, qué escribes? Preparo una gran operación, una operación importantísima: la expulsión de la moneda de plata. Yo busco en todo la unidad, siguió diciendo don Martín: monista en filosofía, monometalista en economía política: ¡abajo los dualismos artificiosos, inútiles y ridículos! ¡lo mismo el de la plata y el oro, que el del espiritu y la materia! ¡La plata es metal traidor, vanidosillo y falso; como el espíritu es la falsificación de la vida: venga el lingote aurífero á circular por los mercados; vengan las moléculas químicas á circular por organismos! ¡Y se puso en pie agitando la pluma! ¡Y en pie se puso don Lorenzo enarbolando el sermón de don Bernardo! ¡Lo que yo sudé! ¡lo que yo sufrí! ¡qué esfuerzos de imaginación para conciliar la pobreza con el oro, y el alma inmortal con la deleznable materia!

ANGUST. ¡Si te digo que no se puede hablar de nada!

JULIAN. ¡Pues yo creo que han agotado ya todos los temas ¡Artes, ciencias, filosofía, religión... qué sé yo!

ANGUST. Con tal que no agoten el de nuestra boda, de los demás que hagan lo que quieran.

JULIAN. ¡Ese ha quedado en pie glorioso y triunfante!

ANGUST. ¿De modo que tú estás tranquilo?

JULIAN. ¡Cómo nunca! ¡respiro á mi gusto, me rebosa la dicha, y cuando te miro, tengo que cerrar los ojos porque me deslumbra la luz! ¿Y tú, alma mía?

ANGUST. ¡Yo también!... ¡todo me sonríe!... ¡hasta me parece que oigo en los aires campanillitas de plata!...

JULIAN. ¡No por Dios!... ¡que no te oiga mi padre!... ¡ahora está muy mal con la plata!... en todo caso ¡una campaña mayor, toda de oro!

ANGUST. ¡De lo que él quiera, con tal que sea un sonido muy alegre! ¡Porque mira, para que nada falte á mi dicha... he conseguido de papá... que mi madre... presencie nuestra boda! ¡y viene hoy mismo! ¡y de un momento á otro la espero!...

JULIAN. ¡Ay! ¡si yo pudiese decir otro tanto de la mía!

ESCENA IV.

ANGUSTIAS, JULIÁN, D. LORENZO y un CRIADO por la derecha segundo término.

ANGUST. ¿Quién viene?

JULIAN. Don Lorenzo.

LOR. Diga usted á esa señora que puede pasar. (Al criado: éste sale por el fondo: D. Lorenzo se acerca á Julián y Angustias.)

JULIAN. Si espera usted visita, según he oído... nosotros...

ANGUST. No iremos allá dentro.

LOR. Sí: una señora... doña Magdalena creo que se llama...

ANGUST. ¡Ah!

LOR. La que tú me recomendaste... Pues esa señora desea hablarme.

ANGUST. Es verdad: ya me acuerdo. (Con cierta preocupación.)

JULIAN. Iremos... con mi padre: si á usted le parece.

LOR. Mejor será; dice que quiere que hablemos en secreto.

JULIAN. Pues hasta luego. (Julián y Angustias se dirigen á la derecha, segundo término.)

ANGUST. No sé por qué... me inquieta esa visita. (En voz baja á Julián.)

JULIAN. ¿Conoces á... doña Magdalena?... estás preocupada...

ANGUST. No... He hablado con ella una vez; pero no la conozco.

JULIAN. ¿Entónces?

ANGUST. ¡Ven conmigo, Julián! ¡no te separes de mí!

JULIAN. ¡Separarme de tí!... ¡Ni ese! ¡ni aquél! ¡ni nadie...! ¡Ni la muerte!... (Salen los dos.)

ESCENA V.

D. LORENZO y MAGDALENA.

LOR. Señora... pase usted... y sírvase tomar asiento.

MAGD. ¿Don Lorenzo Cienfuegos?

LOR. Yo soy, señora. Mi hija Angustias me dijo que era usted muy desgraciada y que deseaba usted pedirme consejo y protección. Y aunque mis consejos valen poco y mi protección no vale mucho más, yo, en conciencia, no puedo ni debo rechazar á quien acude á mí. No, señora: no. Ni como cristiano ni como caballero he de cerrar las puertas de mi casa á una mujer que sufre. Cuente usted conmigo, señora.

MAGD. Es usted muy bueno y su cariñosa acogida me presta aliento... que harto lo he menester.

LOR. ¿Y bien, señora?

MAGD. Ciertamente que no tengo derecho...

LOR. Para pedir compasión y piedad siempre hay derecho.

MAGD. Sí, señor; pero usted podría decirme... que por qué causa acudo á usted y no á otra persona... que, á Dios gracias, aun hay muchas caritativas y piadosas.

LOR. No lo diré, que esas son sutilezas del egoismo.

MAGD. Pues acudo á usted... porque nadie como usted puede guiarme... y el consuelo que necesito, de usted sólo puede venir... ¡y don Lorenzo Cienfuegos puede, si quiere, hacer que prevalezcan mis derechos de madre! usted; sí, señor, usted es mi única esperanza.

LOR. No comprendo lo que usted quiere decirme. (Con extrañeza y curiosidad.)

MAGD. ¿Le ha referido á usted Angustias la conversación que tuvimos?

LOR. No, señora.

MAGD. Mejor es así: porque en aquella ocasión no dije la verdad... inventé una historia cualquiera... un cuento... una fábula.

LOR. ¡Señora!

MAGD. La verdad es otra; y usted ha de saberla; y lo que usted me aconseje, eso y no más, será lo que yo haga.

LOR. La mentira nunca es lícita. (Con severidad.)

MAGD. ¡Ah, don Lorenzo!... algo había de verdad en todo aquello: mis desdichas de mujer, mi amor de madre... pero á una niña inocente yo no podía referirle una historia tristísima ¡de deshonra y de llanto! .. ¿No hice bien, don Lorenzo?

LOR. Precise usted sus ideas... porque yo no puedo adivinar... ¡habla usted de llanto y de deshonra!

MAGD. ¿Y de qué quiere usted que hable? ¡Deshonra! ¡esa es la palabra! ¡y llanto! ¡he vertido mucho, don Lorenzo! Decían... puede ser que no fuese verdad.... pero lo decían, que era hermosa, ¡pues las lágrimas se han ido llevando gota á gota aquella hermosura!

LOR. La deshonra es triste, muy triste, si procede del pecado propio y no de la malignidad ajena. Pero el llanto, si es de arrepentimiento, con tal que purifique el alma, poco importa que vaya borrando esas bellezas, que echa usted de menos, según parece.

MAGD. No: si yo no echo de menos más que á mi hijo. Lo demás ¿qué me importa?

LOR. ¿Su hijo de usted?

MAGD. Sí, señor; mi hijo. De él me separaron, ¡que fué infamia y crueldad! hoy está cerca ¡que es consuelo de Dios! ¡y no he de perderlo de nuevo! ¡y usted ha de ayudarme á que lo recobre! ¡Si no pido más!... ¡pero esto puedo pedirlo!... ¡y lo pido ante Dios, y ante los hombres, y ante usted!... ¿Tengo razón?... ¡ea! ¡Dígalo usted, señor don Lorenzo!

LOR. Una madre tiene derecho divino y hasta obligación sagrada de decirle á su hijo: «¡Tu madre soy: ven á mí: dame los brazos!»

MAGD. (Con alegría.) ¡Ah! ¡usted lo confiesa! ¡usted me da la razón! ¡si todos me habían dicho que era usted un santo!

LOR. No lo soy: ni necesito serlo para reconocer y proclamar preceptos de ley divina y hasta de ley natural.

MAGD. ¡Gracias! ¡gracias!... ¡qué yo bese esa mano que tan piadosa tiende usted hacia esta desdichada! (Queriendo besarle la mano.)

LOR. Cálmese usted, señora. Usted me confunde: yo no comprendo ni lo que usted me pide, ni de qué manera he de ayudar á usted. Entreveo una historia triste de seducción y deshonra... ¡pero hay tantas historias de esa clase!... ¡tantas jóvenes manchadas!... ¡tantos hombres sin ley de Dios!... ¡tantos hijos abandonados por sus padres!

MAGD. No, señor, no: ¡hay que hacerle esa justicia! su padre no le abandonó: por no abandonarle me lo arrebató de entre los brazos... ¡y ese hombre le quiere, como no ha querido nunca!... ¡Esa es la verdad! ¡y usted decía que nunca se debe mentir!

LOR. ¿Pero quién es el seductor? ¿quién su hijo de usted? ¿por qué acude usted á mí? hable usted pronto y claro... ¡porque voy sospechando algo muy sombrío... y ya, señora, le juro á usted que la impaciencia me domina!

MAGD. Sí, señor; pues ¿á qué he venido más que á eso?

LOR. ¡Pues vamos, acabe usted!

MAGD. ¡Por Dios, no se enfade usted conmigo!... ¡porque si usted me falta!...

LOR. Pero si no me enfado, señora: es que quiero saberlo todo, porque si no ¿cómo he de hacer yo que le devuelvan á usted su hijo?

MAGD. ¡Es verdad!...

LOR. ¡Entónces por qué se detiene usted! ¿quién fué ese hom-

bre que sedujo á la joven desvalida? ¿quién manchó su honra de usted? ¿quién le quitó su hijo?

MAGD. (Acercándose á D. Lorenzo, en voz baja y extendiendo el brazo.) ¡Él!

LOR. ¿Pero quién es él? ¡yo no puedo arrojar ese cúmulo de infamias á capricho, como se arroja cieno al aire para que caíga sobre cualquiera!

MAGD. Pues bien... su nombre... ya lo diré, aunque me cuesta mucho;... su nombre... (Vacilando y mirando alrededor.)

LOR. ¡Vamos! ¡Su nombre!... ¿cuál es?... ¡pronto!... ¡pronto!.. ¡y la verdad!... Á través de una niebla la veo; ¡pero la quiero despejada! (Con durcza.)

MAGD. ¡Pues, ea!... ¡Martín!...

LOR. ¿Martín?... ¿el que está allá dentro?... ¿Martín Pedregal?

MAGD. ¡Ese!... ¡ese!... ¡ese mismo!

LOR. Pero ¿qué dice usted?... ¡él!... ¡el inícuo!... ¡el descreído! (Levantándose.)

MAGD. ¡Inícuo! y ¡descreído!... y lo que es más, ¡cruel!

LOR. ¿Martín Pedregal?... ¡El que pretendía que mi hija le llamase padre, como á mí! ¡Por pena de mis pecados, que hace rato lo presentía!... ¡Ah! señora, ¿por qué ha tardado usted tanto en venir á esta casa?... ¡Ah! ¡señor don Martín, ya nos veremos!

MAGD. No vine antes, ¡porque tenía miedo!... y ¡vergüenza!...

LOR. Al pecar, ¡no!... y al arrepentirse, ¡sí!... ¡Así es el género humano! ¡cuánta bravura para meterse en el cieno! ¡cuánta cobardía para lavarse en la corriente limpia! (Con acento durísimo.)

MAGD. ¡Don Lorenzo!

LOR. ¿Pero entónces?... su hijo de usted; ese hijo que viene usted á pedirme; ese hijo que Martín le arrebató á usted ¿quién es? (Acercándose á ella.)

MAGD. ¿Quién ha de ser?... ¡mi Julián!

LOR. ¡Julián!... ¿de modo que es Julián... ¡el hijo del pecado, de la deshonra y del concubinato!... el prometido de mi Angustias?... ¿el que pretende mezclar su san-

gre con la mía?... ¡Á tiempo llega usted, señora, aunque dije que llegaba usted tarde!

MAGD. (Atemorizada.) ¡Don Lorenzo, no se enoje usted!... Y sobre todo, ¡no se irrite usted contra mi Julián!... ¡Eso no!... ¿Qué culpa tiene él? ¿Él qué sabe? Me cree muerta, ¡el pobre hijo de mi alma! ¡Sea usted justo, ya que es usted bueno! Ó sea usted bueno antes que justo, ¡que es lo que más agradece Dios!

LOR. ¡Eso más! ¡eso más!... ¡Imbécil de mí que no lo adiviné!... (Paseándose agitado.)

MAGD. ¡Cálmese usted!... ¡no piense usted en esas cosas!... (Siguiéndolo.)

LOR. ¿Y usted qué sabe, señora, lo que yo pienso, ni lo que yo he de hacer?

MAGD. Es que si hace usted derramar una sola lágrima á Julián... ¡será usted peor que Martín!... ¡Mucho me ha hecho sufrir, pero á mi hijo también le quiere mucho!... ¡Y si ahora se deja usted llevar de su enojo y de sus pasiones!... Entonces... entonces... ¿De qué me ha servido su santidad de usted?... ¡menos que la crueldad de aquél?...

LOR. Procuraré dominarme... señora, que yo también tengo una hija... pero ni por ella, ni por el de usted, dejaré de hacer lo que deba. (Se sienta á la mesa y se cubre el rostro con las manos.)

MAGD. Pues apláquese usted... yo se lo ruego... ¡se lo rogaré de rodillas!...

LOR. ¡Difícil es! ¡porque convengamos en que se necesita mucha virtud para sufrir ciertas cosas! ¡para no castigar como es debido ciertas infamias y ciertas deslealtades!

MAGD. ¡Si yo se lo perdono todo á Martín, con tal que me deje abrazar á mi hijo! ¡Qué me importa su deslealtad!

LOR. ¿Y quién habla de usted, señora?... ¡Si la infamia y la deslealtad han sido conmigo!... ¡conmigo!... ¡con mi hija!... La deslealtad con usted... fué infamia... ¡pero

fué pena!

MAGD. ¡Ah!... ¡yo creí!... (¡Ay Dios mío, qué vergüenza! Me dá miedo este hombre: casi más miedo que Martín. Mal hice en contarle toda la verdad. ¡Pero yo pensé que era muy bueno!)

LOR. (Levantándose y aproximándose á la derecha.) ¡Martín!

MAGD. ¿Qué intenta usted? (Deteniéndole.) ¡Hacerle venir! ¡ponernos frente á frente! ¡Él y yo! ¡No, por Dios! ¡eso no!... ¡Don Lorenzo, eso no!

LOR. ¿Por qué no?

MAGD. ¡Porque me inspira odio y terror!... ¡porque no quiero verle! ¿Por qué habré venido?... ¡Que yo no le vea! ¡Déjeme usted salir!... ¡Vamos, por Dios misericordioso, déjeme usted marcharme!...

LOR. (Reteniéndola.) ¿Huye usted de su presencia?... ¿Acaso es usted más culpable de lo que me dice? (Mirándola fijamente.)

MAGD. ¿Don Lorenzo, qué supone usted? ¡No tanto, no tanto! ¡Ante Dios, ante las personas honradas como usted, debo inclinar mi frente! No lo niego. Ante Martín, puedo levantarla; y él tendría que humillar la suya... ¡si hubiera algo que pudiese humillar su soberbia!

LOR. ¡Basta!... (Mirándola fijamente.) Pecadora, pero no envilecida. Retírese usted á mi despacho: nadie hay en él. (Después de asomarse.)

MAGD. No comprendo...

LOR. Ni es necesario.

MAGD. ¿Pero usted?...

LOR. ¡Qué he de hacer yo, sino salvar, si puedo, su honra de usted y la felicidad de mi hija!... Ea: pronto. (Llevándola á la derecha, primer término.)

MAGD. ¡Tenga usted piedad de nosotros!...

LOR. ¡Martín!... (Llamando por la derecha, segundo término.)

MAGD. ¡La tendrá usted!...

LOR. ¡Él viene!... Si no quiere usted verle... allí: ¡y basta de lágrimas!

MAGD. ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... (Sale por la derecha, primer término.)

ESCENA VI.

D. LORENZO, D. MARTÍN, JULIÁN y ANGUSTIAS.

D. Martín avanza: Julián y Angustias quedan temerosos en la puerta.

MARTIN. ¿Me llamabas!

LOR. Si: te llamaba; pero á esos no. ¿Por qué venís?

ANGUST. ¡Ay, Dios mío, Julián! (Cogiéndose á él.)

JULIAN. Nosotros pensábamos...

LOR. Poco importa lo que pudieseis pensar. Idos.

ANGUST. ¿Estás enojado? (Á su padre.)

JULIAN. ¿Ocurre algo, don Lorenzo?

LOR. ¡Bien por los jóvenes!... ¿Tanto le cuesta obedecer á la raza humana, que en grandes y en pequeños, por el menor resquicio, brota la desobediencia? ¿No os he dicho que quiero estar solo con él?

MARTIN. Haced lo que os manda y dejadnos. ¡Qué diablo, no ha de devorarme! ¡ni yo me dejaría devorar tan fácilmente! (Con tono de desafío.)

LOR. Lo veremos.

MARTIN. Á hombres como yo...

LOR. No los devoran otros hombres, pero sí su propia podredumbre.

JULIAN. ¡Don Lorenzo!

MARTIN. Salid.

ANGUST. (Retirándose con Julián.) Sí: ya nos vamos. (Ap. á Julián.) (¡Otra vez, Julián! ¡otra vez!)

JULIAN. (¡Creo que tienes razón! ¡y la mía y la paciencia me van faltando!) (Ap. á Angustias.)

ANGUST. ¡Julián! (Conteniéndole.)

JULIAN. (En voz alta.) Bien: está bien: nos vamos. (Á Angustias.) Cuando ellos acaben, empezaré yo.

ESCENA VII.

D. MARTÍN y D. LORENZO.

D. Lorenzo cierra la puerta por donde salieron Julián y Angustias.

MARTIN. ¡Ya estamos solos! ¿qué te ocurre? ¿Qué nueva invención has aparejado para dar al traste con mis nervios y con mi paciencia?

LOR. ¿Yo? ninguna. Has sido tú.

MARTIN. Pues veamos lo que yo hice conmigo mismo. (Cruzándose de brazos.)

LOR. Ya lo creo, que lo veremos. En el mundo al fin y al cabo todo se vé: y desde allá arriba se vé todo del principio al fin. ¡Ah! ¡si las cosas quedasen ocultas, qué cómodo sería! Si Dios de repente cegase ¡qué alegrón para los pecadores!

MARTIN. ¡Pobre diablo! ¡qué cosas ensarta! (Riendo.)

LOR. Vale más ser pobre diablo, en el sentido que tú lo dices, que ser infame.

MARTIN. ¿Y yo lo soy?

LOR. Sí.

MARTIN. Antes, impío: ahora, infame. Según eso me das el ascenso.

LOR. Te lo ganaste tú con tus propios méritos. Yo sabía que eras descreído, fracmasón, materialista, ateo: vamos al decir, una misma cosa con muchos nombres. Pero imaginé, mira si soy pobre diablo, como tú me echaste en rostro, que al menos eras hombre de honor y de lealtad, á la manera que vosotros entendeis la lealtad y el honor. ¡Pues ni eso!

MARTIN. ¡Ah!... (Conteniéndose.) Á un hombre que entendiese la honra como yo la entiendo, ya le daría una buena contestación. Á tí sería inútil.

LOR. Me propondrías un duelo, para probarme que en siendo un hombre hábil ó valiente, ya no puede ser ni malvado, ni desleal. ¿No es esa tu lógica?

MARTIN. Mira, Lorenzo, necesito darme mucha prisa á pensar en aquél chico y en lo mucho que le quiero, para no pensar en lo que pensaría... si no fueses el padre de Angustias.

LOR. Mal me pagas, porque yo, que te digo todo esto, te tengo muy presente en mis oraciones.

MARTIN. Pues, hijo mío, cátame ingrato, porque yo quisiera no acordarme nunca de tí: y no digo en mis oraciones, porque esas... ¡son tan cortas!

LOR. ¿Pero en cambio, te acuerdas de Julián?

MARTIN. ¡Oh! de ese, sí. No sé si son oraciones ó no son oraciones; pero si el amor lo es, ¡en oración perpétua vivo por esa criatura!

LOR. Y queriéndole tanto... ¿cómo le has hecho tanto mal?

MARTIN. ¿Yo?

LOR. Si.

MARTIN. ¿Á Julián?

LOR. ¡Á tu hijo!

MARTIN. ¿Pero qué dices?... ¿Qué está diciendo este hombre?... ¡Á ver: mírame: mírame! ¡Es claro: el pobre señor perdió el juicio! (Se acerca á él y le examina con curiosidad, pero sin enojo.) ¡Si era preciso! Todos estos místicos se desprenden del mundo en que viven, apartan los ojos de la realidad, los fijan en el espacio vacío, llenan sus insustanciales senos de fantasmas, se pierden en perpétuos éxtasis, y ¿qué ha de suceder? las celdillas cerebrales separan su actividad de la sensación externa, entre sí se oprimen, se revuelven, se excitan y se devoran, y allá queda convertido el noble cerebro humano en caos de estrambóticas visiones, mientras la locura celebra con estridente carcajada su triunfo y arrastra al infeliz, con sus celdillas en descomposición, á la siniestra celda de un manicomio! ¡Pobre Lorenzo!

LOR. ¿Has concluido?

MARTIN. El que me parece que *ha concluido*, eres tú.

LOR. ¿Por qué digo que fuiste, y eres el verdugo de tu hijo?

MARTIN. Precisamente.

LOR. ¿Y si lo pruebo?

MARTIN. Sería curioso; y en caso tal me declaro...

LOR. ¿Infame?

MARTIN. No.

LOR. ¿Demente?

MARTIN. Tampoco: más que todo eso: tonto de capirote.

LOR. Pues oye. Yo, según tú, soy un fanático, y un loco, y mi cariño por Angustias, no es ni pálida sombra del tuyo por Julián. Pues con todo eso yo he dado á mi hija, un *nombre*, y una *familia*, y una *madre*. ¿Y tú?

MARTIN. (Ya en tono sério.) Yo... á mi Julián... ¡le he dado un nombre honradísimo!... ¿quién lo duda?

LOR. ¿Un nombre? á medias.

MARTIN. ¿Qué es lo que quieres decir?

LOR. ¡Sigue: sigue con lo que le has dado á ese chico!

MARTIN. ¡Y le he dado una familia!... ¡la mía!

LOR. Te digo lo de antes: media familia, no más.

MARTIN. ¿Por qué? (Con extrañeza.) ¿Qué es eso de media familia?

LOR. Porque en esa familia... falta una madre.

MARTIN. ¡Una madre!... ¡Su madre!... ¡Ah!... ¡Ya!... ¡con qué su madre!... ¡Ps!... Qué culpa tengo yo, que Dios se la llevase... (Con cierta vacilación y timidez.)

LOR. ¡Ah! ¡el hipócrita!... una sola vez le he oido invocar el nombre de su Dios... ¡y ha sido para mancharlo con una mentira!

MARTIN. ¡Lorenzo!...

LOR. Te conocía malvado; no te conocía cobarde. Contesta con la procacidad de costumbre, pero con la fiereza satánica que tan bien te sienta: ¿has mentido ó no?

MARTIN. Si.

LOR. ¡Cuando no puede más, confiesa! ¡Así sois todos! ¡Lealtad de última hora!

MARTIN. No creí que por una... omisión... que á nadie interesaba... causaba daño á nadie... (Algo desconcertado.)

LOR. (Con sonrisa sarcástica.) ¿Ni siquiera á Magdalena?

MARTIN. ¡Ah!... ¡al fin lo comprendo!... ¿Lo sabes todo?... ¡Acabáramos!...

LOR. Todo lo sé, que al fin todo se sabe.

MARTIN. (Con fiereza.) ¡Todo! ¡Tu historia como la mía!

LOR. No te comprendo; ahora soy yo el que no comprende. (Algo desconcertado á su vez.)

MARTIN. Me preguntabas por Magdalena, y yo te pregunto á mi vez, ¿qué has hecho de Rosario? ¡No la veo en esta casa; no forma parte de tu familia; no vela por Angustias!

LOR. Por Angustias velo yo.

MARTIN. Como yo por Julián. (Cada vez con mayor arrogancia, ha tomado la ofensiva.)

LOR. ¿Quieres compararte conmigo?

MARTIN. ¡Ah! ¡el vanidoso! ¡pues cuenta que es pecado mortal!

LOR. Reconocer lo que se ve, no es tener vanidad; es tener la vista clara. ¿Qué fuiste siempre? ¡Un miserable libertino, que va derrochando su corazón!

MARTIN. ¡No era fácil que lo derrochases tú! ¡que en eso, como en todo, hiciste voto de pobreza!

LOR. ¡Desprecio tus insultos!... ¡Hola, hola, con el insolente!

MARTIN. ¿Pues qué imaginaste, que yo no habia de defenderme? Con la pluma sobre el papel, con la palabra en los lábios, ó apretando con la mano la espada, siempre uso el mismo sistema... ¡ataque por defensa!... (Riendo con insolencia.) ¡Historia por historia, señor don Lorenzo Cienfuegos! Sabes la mía, delirio de la juventud y no más; pues oye otra, que me contó días antes de morir nuestro antiguo compañero Luis Saavedra.

LOR. ¡Martín!...

MARTIN. Tú lo has querido; pues sea. *Personajes:* un esposo santurrón y beato, triste y sombrío, que aborrece la hermosa naturaleza, condena sus fecundas leyes y vive en arrobamientos insustanciales; ¡y una mujer hermosa y ardiente, aunque honrada y leal, que sueña con bodas y se encuentra con cláustros, que se duerme en la caldeada ladera del Etna, y amanece en los helados ventisqueros de los Alpes! (Riendo con sonrisa insolente.)

LOR. ¡Martín!...

MARTIN. Ahora va la decoración. *Decoración:* una casa como esta, anticipada tumba de todos los deseos y de todas las pasiones.

LOR. ¡Basta!...

MARTIN. Y sigue el argumento. *Argumento:* la vida que llama desde fuera con luces y armonías; la tentación que las convierte en fuego; el esposo que reza entre dos luces; la esposa que noble y espontáneamente confiesa... no la culpa, sino la visión traidora que la precede; la esposa, repito, que pide llorando al hombre de la perfección espiritual ayuda y consejo, unos brazos amorosos en que guarecerse, un beso que selle su fidelidad, un cariño humano que llene los desiertos y tristes senos del hogar.

LOR. ¿Y qué? (Con fiereza.)

MARTIN. Que ese hombre, para atajar la tentación y corresponder á la nobleza de su esposa, no encontró nada mejor que separarla de su hija y encerrarla entre los muros de un monasterio á perpetuidad. ¡Á virtudes del alma, cárceles de piedra! ¡Estamos iguales: historia por historia; mujer por mujer; víctima por víctima; tú por santo, yo por perverso, y por caminos opuestos, llegamos á la misma barrancada y nos embarrancamos los dos! (Transición.) De todo lo cual no tienen la culpa esos chicos, ni es justo que ellos paguen los viejos pecadillos de sus muy respetables papás.

LOR. (Nervioso, pálido, conteniéndose difícilmente.) De esa historia, ni una palabra: mi dignidad me lo impide.

MARTIN. Como á mí, mi respectiva dignidad el ocuparme de mi respectiva historia.

LOR. En cuanto á mi Angustias y á tu hijo, oye lo que resuelvo.

MARTIN. Ya estoy oyendo.

LOR. (Trémulo de ira, conteniéndose apenas y gozándose en lo que dice.) Yo no consiento en entregar mi Angustias á un hombre como Julián—¡aun siendo hijo tuyo, honor se-

ñaladísimo!—á un hombre digo, que lleva todavía en sí la vergonzosa mancha del pecado de sus padres, sin que el pecado se borre y se limpie la mancha. ¿Te arrepientes? ¿Devuelves á Magdalena su honra, y su legitimidad religiosa á Julián, mediante el santo sacramento del matrimonio? Ante mi familia, que es familia cristiana, ¿me presentas otra con la cual pueda enlazar la mia, sin peligro de contagio? En suma ¿te sometes á mi justa exigencia? Pues mantengo mi palabra y adelante con la boda. ¿Pero continúas impenitente y procaz? ¿Sólo me ofreces para esposo de Angustias al triste fruto del vicio, del concubinato y de la impureza?

MARTIN. ¡Lorenzo, no toques á Julián! (Con voz terrible.)

LOR. ¡Por su bien le toco; para su eterna vergüenza lo engendraste tú! Conque déjame concluir; aunque bien mirado ya he concluido.

MARTIN. Si cedo, ya me has dicho lo que harías; y si no cedo, como no cederé, ¿qué resuelves?

LOR. Enviar á Angustias al convento con su madre.

MARTIN. ¡Qué afición le tienes á ese convento! ¡Sin duda simpatizas con el pedernal de sus muros y con la tristeza y las sombras de sus cláustros! Habeis salido por lo visto de la misma cantera.

LOR. Toda pureza me inspira simpatías, como me inspira asco todo vicio. Y déjame acabar. Te decía, ó iba á decirte, que para presenciar la ceremonia otorgué licencia á Rosario, y que hoy mismo, quizá dentro de breves momentos, debe llegar á esta casa; pues si te niegas á lo que yo, en conciencia, creo que es justo, no para asistir á la boda de su hija, sino para llevársela consigo, habrá venido. Y ahora, resuelve y responde, pero pronto.

MARTIN. Deja que se calme el asombro. Deja que me vaya acostumbrando á tu monstruosa, ridícula y fantástica pretensión. ¡Es decir que don Lorenzo Cienfuegos quiere nada menos que casar en desagravio de las potencia

celestiales, de las buenas costumbres y de su limpia sangre castellana, al fracmasón, ateo y materialista Martín Pedregal! ¿No es esto? ¿Comprendí torcido?

LOR. Comprendiste á derechas, por primera vez en tu vida. Contesta bien por vez primera.

MARTIN. Ya lo creo. Y contesto, que tienes la gloria de haberme dejado absorto, estático y confundido. ¡Que con ser yo yankée de afición y de instinto, en noble y porfiada competencia de extravagancias me venciste! ¡Por rey de la locura y de los despropósitos te proclamo, yo humilde súbdito; y ante el divino anacoreta, el incomparable misionero, el desfacedor de entuertos amorosos, el justicia mayor de estos católicos reinos, y el hábil y porfiado casamentero, se humilla respetuoso y debotísimo el gran pecador y no menor penitente Martín Pedregal!

LOR. ¡Pues no hay boda, sino convento! (Con ira que apenas puede dominar.) ¡Y tu hijo será desdichado! ¡y te maldecirá! ¡y te pedirá cuenta de su madre, y de su honra y de su propia dicha! ¡y pagarás tus culpas, las pagarás por la mano implacable de Julián!

MARTIN. ¡Lorenzo, no me enloquezcas! ¡Con el que todo eso hiciese, ¿sabes tú lo que yo haría?

LOR. ¡Pero si eres tú el que todo eso hace! ¡nadie más que tú!.

MARTIN. ¡Y tú, hipócrita, que me ayudarás contándoselo todo á Julián! ¡Si te comprendo! ¡Si quieres amarrarme á tu cadena y glorificarte con mi portentosa conversión ó con mi ejemplar castigo!

LOR. ¡Ni soy delator!... ¡ni soy vanidoso!

MARTIN. ¡Lo eres!... ¡y además cobarde!... (Cogiéndole por un brazo.)

LOR. ¡Pero no tan santo como supones! (Dejándose dominar por la ira.)

MARTIN. ¡Si no lo supongo! ¡Si yo sé de sobra que raspándote un poco, desaparece el santo y aparece la fiera!

LOR. ¡Pues cuidado con ella!

MARTIN. ¡Cacé muchas en América!
LOR. ¡Martín!
MARTIN. ¡Lorenzo!

ESCENA VIII.

D. MARTÍN, D. LORENZO y ROSARIO por la derecha, segundo término.

LOR. ¡Calla!... ¡espera!... (Atendiendo.)
MARTIN. ¿Viene alguien? (En voz baja.)
LOR. Sí.
MARTIN. ¿Quién? (Soltándole.)
LOR. ¡Ella!... (Mirando á la derecha.)
MARTIN. ¿Angustias?
LOR. No. Mi esposa... ¡Rosario!...
ROSARIO. ¡Lorenzo!... ¡Qué bueno eres!... ¡Cuánto te agradezco que me hayas permitido venir!... ¡Que Dios te lo premie! ¡Ah!... ¡Usted dispense!... no había reparado...
LOR. El señor de Pedregal... (Presentándole.)
ROSARIO. ¿El señor es?... el padre de... si... mucho me alegro...
MÁRTIN. Muy servidor de usted... señora.
ROSARIO. Muy señor mío.
LOR. ¿Acabas de llegar?
ROSARIO. Ahora precisamente, no: llegué hace poco. Entré á ver á mi Angustias: á darle muchos besos y muchos abrazos: ¡lo deseaba tanto!... pero al fin Dios me lo ha concedido. ¡Qué hermosa está! ¡y qué felíz es! ¡La Vírgen Santísima quiera conservarle tanta alegría! ¡La que no tuvo la madre, que la goce la hija!
LOR. ¡Rosario!
ROSARIO. Es verdad, Lorenzo: esto es hablar por hablar: nunca está una contenta con su suerte. ¡No crea usted (Á Martín.) yo he sido muy dichosa! (Mirando con miedo á Lorenzo.) ¡En el convento hay tanta paz!... ¡y tanta calma!... ¡y tanto silencio!
MARTIN. (Ap.) (¡Pobre mujer!)

ROSARIO. Y es, que me siento hoy tan alegre que no sé lo que digo. ¿Conque, señor de Pedregal, dentro de tres días, la boda? Y todo ese tiempo yo, aquí. ¿Verdad? Y todavía me quedaré otros dos ó tres días con ellos... ¡con mi hija!... (Preguntando con timidez.) ¿Lo permitirás tú? (Á D. Lorenzo.) ¿Es tan hermosa y tan alegre esta casa?... ¡cuánta luz! ¡y cuánta animación! (Mirando á todas partes.)

MARTIN. ¡Mucha!

ROSARIO. ¡Y qué rostros tan risueños! ¡Angustias!... ¡y Julián!... ¡Dios los bendiga!.. ¡Y qué cosas tan graciosas han dicho! Pues oye, (Á Lorenzo.) yo venía con miedo, no sé por qué: al pasar por la iglesia me arrodillé ante el Cristo, y parecía que me miraba severo ¡cosas que se figura una! Y me levanté asustada y fuí á caer á los piés de una dolorosa: lloraba por su hijo, me miró con dulzura y la cara de aquella Vírgen me animó. ¿Hablo mucho? ¿eh?... ¡Como allí no se habla nunca!... (Sonriendo.)

MARTIN. Á mí no me lo parece: no sé si á Lorenzo...

ROSARIO. No te incomodes, Lorenzo: ¡es que tengo tantas cosas que decir! Conque ocho días ¡lo menos! fuera del convento. Digo... ¡me parece que no es exagerada mi súplica! ¡Esto sucede una vez en la vida! ¡Es ocasión solemne! ¡Vaya, vaya, casarse nuestra Angustias!

LOR. De eso depende. (Señalando á Martin.)

ROSARIO. ¡Ah!... ¿depende de usted... el que yo no vuelva allá... por algunos días?... Pues no ha de ser usted más severo que Lorenzo.

MARTIN. Señora, si de mí dependiese no volvería usted ya nunca al convento: se quedaría usted siempre con nosotros.

ROSARIO. ¡Yo!... ¡para siempre!... ¡aquí!... ¡con mi hija!... ¡no separarme de ella! ¡Ah! ¡Dios mío, qué palabras dice usted tan piadosas ó tan crueles! (Rompe á llorar.)

LOR. ¡Vamos! ¡Rosario!... ¡modérate!... ¿qué lágrimas son esas?

ROSARIO. Es, que como no estoy acostumbrada á las cosas del mundo... pero ya me hago cargo que son frases de cortesía. ¡No tanto! ¡no tanto! ya sé que eso es imposible. Yo me pongo en razón. ¡*Siempre*!... ¡siempre, no! Esta pobre mujer sería un estorbo. Pero algunos días... un mes, ó dos meses... ¿eh? ¿Es mucho, don Martín? (Mirándole con angustia y timidez y hablando en tono de súplica.) Pues quince días. ¡Quince días, no es tanto!... ¡Aquí el tiempo debe pasar tan pronto!

LOR. No me comprendes. Quise decir, que de Martín depende que la boda se celebre.

ROSARIO. ¡Ahora sí que no comprendo! ¿No era cosa resuelta?

MARTIN. Sí, señora: lo era. Pero ese... usted le conoce... se opone.

LOR. No es cierto. Mantengo mi palabra... pero en condiciones justas y decorosas.

ROSARIO. ¡Pero si la boda no se hiciese, Angustias sería muy desdichada!... ¡Quiere mucho á Julián!... Aquella mirada, es mirada de amor... ¡de verdadero amor!... Quien no lo comprenda así es que... (Con exaltación.)

LOR. ¡Rosario!...

ROSARIO. ¡Perdona!... yo... á mi entender... decía...

LOR. ¡Basta!

MARTIN. (Ap. á Lorenzo.) ¡Ah! ¡mogigato, el tormento de Rosario, bien vale la deshonra de Magdalena!

LOR. (Ap. á Martín.) (¡Ruge, ruge! ¡que yo te domaré!) (En voz alta.) ¿Me autorizas á decir la verdad á Rosario? La madre de Angustias debe saberla.

MARTIN. ¿Y para qué? (Ap. á Lorenzo.) (¿Te empeñas en hacerme sufrir todas las humillaciones?) (Con ira.)

LOR. Si te avergüenza tu conducta y temes que se sepa, tanto mejor: es que en el fondo de tu conciencia reconces tu pecado.

MARTIN. Ni temo nada, ni me avergüenzo de obedecer á la ley de la naturaleza.

LOR. Entonces...

MARTIN. No: lo diré yo. No quiero proporcionarte ese regocijo.

Señora, Julián es mi hijo: lo reconozco y lo proclamo con orgullo: y le quiero con delirio.

ROSARIO. ¡Muy bien!... ¡Tiene usted corazón!...

MARTIN. Pero su madre... su madre...

ROSARIO. ¿Murió?

MARTIN. Ni ha muerto, ni fué mi esposa.

ROSARIO. (Cubriéndose el rostro.) ¡Jesús! ¡Dios mío!... qué dolores y que vergüenzas hay en la vida.

LOR. ¡Y qué manchas hay! manchas que es preciso lavar.

ROSARIO. Tienes razón, Lorenzo.

LOR. Y ahora ¿crees tú que Julián, con tan impuro orígen y sin que Martín repare su falta, puede ser el esposo de Angustias? ¿Darías tu consentimiento? (Volviéndose á Martín.) Ya verás lo que dice.

ROSARIO. Se parece Julián... ¿á su padre?...

MARTIN. ¿Qué ha de parecerse á mí? Julián es incapaz... es decir, que Julián es mucho mejor que yo. ¡Y quién diga lo contrario!...

LOR. Su índole es buena: en verdad que no se parece á su padre.

MARTIN. ¡Al fin hablas en razón!

ROSARIO. Pues entonces...

LOR. ¿Qué?

ROSARIO. ¿Por qué no ha de ser feliz Angustias?

LOR. ¿Y darías tu consentimiento?

ROSARIO. ¡Sí: con toda el alma!

LOR. Pues yo, no. Y mi autoridad en esta casa es inapelable.

ROSARIO. ¿Y esa pobre niña? (Cruzando las manos.)

LOR. Iría al convento contigo.

ROSARIO. ¿Conmigo, mi Angustias?... ¡allí!... ¡las dos juntas!... (Con explosión de gozo.) ¡Ah! ¡Dios mío!... ¡Tienes razón, tienes razón, Lorenzo, la boda es imposible! (Con enorgía.)

LOR. ¿Lo estás oyendo?

MARTIN. ¡Ah! ¡el egoismo humano!

ROSARIO. ¡Es verdad!... ¿Por mí?... ¡ella desgraciada!... ¡y la eterna sombra del cláustro sobre su rostro divino!...

¡y llorar como yo he llorado!... ¡y sufrir como yo he sufrido!... No: eso, no. Para lágrimas y tristezas, basta con su madre. Sea como quiera, Angustias será de Julián. (Con energía.)

MARTIN. ¿Y tú, lo estás oyendo ahora?

LOR. ¡Ah! ¡la miseria humana!

MARTIN. ¡Vale más que tu rigidez santurrona!

LOR. ¡Pues no prevalecerá!

MARTIN. ¡Lo veremos! ¡Que si hay varones rectos como tú, hay jueces, y depósitos, y bodas contra la voluntad de los padres!

LOR. ¡Y conventos también!... ¡Angustias!... (Llamando.)

MARTIN. ¡Julián!

ROSARIO. ¡Mi hija!... ¡Á mí!... ¡Á mí!... ¡qué tú eres lo primero, y yo te defenderé!

LOR. ¿Contra su padre? (Deteniéndola.)

ROSARIO. ¡Contra todos!

LOR. ¡No resististe cuando allá te mandé! (Cogiéndola por un brazo.)

ROSARIO. ¡Yo era yo! ¡pero ella es ella!

ESCENA IX.

DOÑA ROSARIO, MARTÍN, D. LORENZO, ANGUSTIAS por la derecha, segundo término.

ANGUST. (Entrando apresuradamente.) ¡Padre!... ¡padre mío!

ROSARIO. (Saliendo á su encuentro: abrazándola y sostoniéndola.) ¡Angustias!... ¿qué tienes?

ANGUST. ¡No saben ustedes!... ¡pero yo no lo sé tampoco!... ¡Y sin embargo, algo extraño, muy extraño, debe ser!

LOR. ¿Pero qué ocurre?... ¿qué es ello?

ANGUST. Es... que Julián...

MARTIN. ¿Mi hijo?...

ANGUST. Sí, señor. Estábamos los dos en la sala contigua al despacho, (Dirigiéndose á D. Lorenzo.) cuando llegó mi madre.

LOR. ¿Y bien?

ANGUST. Con ella (Dirigiéndose á su padre.) estuvimos algún tiempo Julián y yo, y al cabo Julián... como es tan prudente... por si teniamos que decirnos algo mi madre y yo... se retiró á su despacho de usted. (Á su padre.)

LOR. ¡Ah!... Cuando yo miré, á nadie ví; lo que haya sucedido, por voluntad de Dios será, no por malicia mía.

MARTIN. ¿Pero qué pudo suceder? ¿Y por qué pones esa cara que no sé si es de disgusto ó de regocijo?

ANGUST. Pues sucedió que, según parece, estaba en el despacho una señora... porque al cabo de un rato oí hablar.

LOR. ¿Y qué le ha dicho? (Con cierta ansiedad.)

ANGUST. No sé. Yo no atendía... y además la puerta estaba cerrada... pero Julián... ¡ha dado, ahora mismo, un grito!... ¡un grito que me ha helado la sangre en las venas!...

MARTIN. ¡Pero quién es esa señora! ¡y qué misterios son estos! ¿y qué le ha dicho á mi Julián? ¿y por qué andas tú mezclado en esta trama?

LOR. No hay trama ni misterio: juicios de Dios serán en todo caso. Y á esa señora yo no la conocía cuando vino á pedirme... que la condujese á los brazos de su hijo.

MARTIN. ¿Entónces?... esa mujer... ¿es?...

LOR. ¡Magdalena!

MARTIN. ¡Magdalena!... ¡Ah, hipócrita, bien me has tendido la red! ¡pero yo la haré pedazos!... (Quiero precipitarse al despacho.)

LOR. Espera... él viene... (Sujetándole.)

ROSARIO. Y también ella.

ANGUST. Dios mío, ¡qué es esto?

ESCENA X.

ANGUSTIAS, ROSARIO, D. MARTÍN, D. LORENZO por la derecha, JULIÁN trayendo casi á la fuerza á MAGDALENA.

JULIAN. (Pálido, descompuesto, como su inspiración aconseje al actor.) ¡Por aquí, señora, por aquí!... ¡aquí están!... (Los personajes quedan en el orden siguiente: Á la izquierda, en este or-

den: Rosario, Angustias, D. Lorenzo; más al centro D. Martín: á la derecha Julián y Magdalena. Soltando á esta.) ¡Perdone usted!.. ¡estoy fuera de mí!... pero usted no se marcha de ese modo... ¡sin que antes desate yo el nudo que me ha echado usted á la garganta! ¡Oh! ¡eso no! ¡eso no! convénzase usted que no es posible. ¡Padre!... ¡padre!...

MARTIN. ¡Julián!... (Entre fosco y acobardado.)

JULIAN. ¡Mírala bien!... (Magdalena se cubre el rostro con las manos.) ¡Mírala!... ¡Ah, señora, por favor, separe usted las manos del rostro! ¡es preciso que mi padre la vea á usted!... ¡cuando digo que es preciso!... (Le quita las manos á la fuerza; luego se retira algo, como arrepentido.) ¡Perdón, señora! ¡mil veces perdón!... ¡ya le he dicho á usted que no sé lo que hago!... ¡Mírala ahora! ¡mírala! (Á su padre.) ¡Aprovecha este momento!. . ¡Más cerca! ¡más! (Aproximándola á su padre.) Sí, señora; sí: ya sé que soy brutal, y descortés, y mal caballero: ¡cuánto usted quiera! Pero también ha dicho usted una cosa... una cosa... que usted comprende que yo necesito aclarar... ¡Esta es la palabra!... ¡En fin, que quiero saberlo todo! ¡Conque, ea! ¡pronto! díme: ¿la has visto bien? (Á su padre.) ¿la conoces? ¡Contesta! ¿por qué vacilas? ¡Contéstame? ¿contéstame, padre! ¡Mira que me ocurren unas ideas horribles! ¡No: horribles, no! al contrario, de inmensa alegría! ¡Alegría, sí; pero revuelta con vergüenza! ¿Vergüenza? ¿por qué? ¡Dicha, dicha de la que nadie en el mundo ha podido gozar más que yo! ¡En fin, yo no sé, no sé! ¡Padre!... ¡por Dios!... ¡por mí!... ¿quién es esta mujer?

MARTIN. ¿Esa mujer?... ¿esa señora? (Vacilando.)

JULIAN. Sí: ésta, ésta. ¿La conoces?

MARTIN. Sí. (Con la energía propia de su carácter.)

JULIAN. ¡Ah!... ¿La conoces?... (Se acerca á su padre y le habla en voz baja.) ¿Y está? (Llevándose la mano á la frente.) ¿no es cierto?... ¿no es cierto que la infeliz está trastornada? ¡Porque si tú supieras lo que dice! (Dirigiéndose á todos y

en voz alta.) ¿Si ustedes lo supieran? ¡Dice, que conoce á mi madre! ¡No, «*que la conoció:*» sino «*que la conoce ahora:*» ¡ahora mismo! ¿Comprenden ustedes? ¡Y que me quiere mucho mi madre! ¡mi madre! ¡ya lo creo que me querría! Pero ahora, no: ¿cómo es posible? ¡Si ha muerto! ¡después de muerta cómo ha de quererme! ¿Verdad, padre? ¡cómo ha de tenderme los brazos! ¡cómo ha de llamarme á sí!... Pues eso dice... eso dice... y lo jura... y lo perjura, ¡esta pobre mujer!

MAGD. ¡Pues te llama!... ¡te llama, hijo mío! ¡aunque ese hombre diga que no.

JULIAN. ¿No la oyes? (Á su padre.)

MARTIN. ¡Sí!... ¡á ella!... ¡y á tí también!

JULIAN. ¿Pero no dice verdad?

MARTIN. ¿Por qué? (Con fiereza.)

JULIAN. ¡Por qué! (Con asombro.) ¿Por qué?... Porque si fuera verdad todo lo que dice... ¡entonces!... ¡entonces!...

MARTIN. Entonces... ¿qué? ¡Acaba!

JULIAN. ¿Tú quieres que yo diga lo que entonces tendría que decir?

MARTIN. Sí: yo puedo oirlo todo.

JULIAN. Pues oye... si ella dijese verdad ¡que no la dice!... entonces, tú... ¡habrías deshonrado á mi madre! ¡Y la habrías arrojado de nuestra casa! ¡Y me habrías tenido separado de ella veinte y cinco años, día por día! ¡Y yo pensando en ella! ¡y ella llorando por mí! ¡y yo engañado por tí, creyendo estúpidamente, que de mi madre me separaba el mármol de una losa!... ¡y no era la piedra helada de la muerte, eras tú!... ¡tú, el gérmen de mi vida!... quien me separaba de la otra mitad de mi vida!

MARTIN. ¡Julián!

JULIAN. ¡Sería horrible! ¡no puede ser!... ¡no lo afirmes, porque no lo creo!... ¡Antes dudaré de mi razón, que dudar de tí!... ¡dudar de él!... ¡Lo más hermoso convertido en lo más deforme!

MARTIN. ¡Y quién eres tú para hablarme de ese modo, hijo in-

grato! ¡barro que yo animé, y que puedo destruir si se me rebela?

LOR. ¡Ah! ¡qué pretendes mandar en tu hijo, como yo en Angustias! ¡Pues cuenta, que yo mando así por salvar su alma y su pureza; y tú gritas con voz de autoridad para ensordecer los alaridos de tu pecado!

JULIAN. ¿Qué ha dicho? (Á su padre.) ¡Respóndele!... ¡Dile que miente!

MARTIN. ¡No miente!

JULIAN. ¿Cómo?... ¡Era verdad!... ¡mi madre vive!... ¡vive!

MARTIN. ¡Sí!

MAGD. ¿Lo ves?... (Á Julián.)

JULIAN. ¡Jesús! ¡Dios mío!... ¡Ella vive!... ¡mi madre!... ¿y dónde está?

MARTIN. ¡Gózate en tu triunfo! ¡Dilo tú! (Á Lorenzo.)

LOR. ¡La confesión al pecador!

MARTIN. ¡Imaginaiś entre todos aterrarme!... Pues lo diré yo. ¿Dónde está tu madre, quieres saber?... ¡Pues, ahí!... ¡ahí la tienes! (Señalando á Magdalena.)

JULIAN. ¡Madre!... ¡Madre!...

MAGD. ¡Julián! (Magdalena cae en los brazos de Julián, que en ellos la sostiene: Magdalena pierde el sentido. Julián la sienta. Angustias corre al lado de ambos.) ¡Julián!... ¡hijo mío!...

JULIAN. ¡Madre!... ¡madre! ¡abre los ojos!... ¡mírame!... ¡responde!... ¡y no llores!... ¡no llores!... ¡que no has de llorar más!

LOR. ¡No ves que perdió el sentido!

JULIAN. ¡Vuelve en tí! ¡vuelve en tí!... ¡no más penas!... ¡nadie podrá separarnos!... ¡nadie!... ¡ni él! (Señalando á su padre.)

LOR. (Acercándose á Martín.) Este momento es supremo para tí... ¡y para mí tal vez! Arrodíllate ante ella, jura hacerla tu esposa, y cuando purifiques con el santo sacramento tu podredumbre... ¡Angustias será también la esposa de tu hijo!

ANGUST. ¡Por Dios!... ¡por él! (Suplicando á D. Martín.)

JULIAN. ¡Por mi madre!... ¡por Angustias!... y si á nadie

amas en el mundo más que á mí... ¡por mí, padre mío!...

MARTIN. ¡Basta, que yo no soy de piedra!... (Acercándose lentamente al grupo de Julián y Magdalena.)

LOR. (Ciego con su triunfo.) ¡Pronto!...

MARTIN. ¡Ah! (Mirando con ira á Lorenzo.) ¡Magdalena!... (Inclinándose.)

LOR. ¡Más!... ¡más!... ¡de rodillas!

MARTIN. ¡Voto al infierno!... (Volviéndose á mirar á D. Lorenzo.)

JULIAN. Padre!...

MARTIN. ¡Magdalena!... ¡Julián!... (Inclinándose mucho, casi de rodillas.)

LOR. ¡Así sois todos!... ¡al polvo, desde el ángel rebelde al átomo vanidoso!... (Se acerca á él, lo pone una mano en el hombro y le hace arrodillarse.)

MARTIN. (Levantándose con fieroza y retrocediendo.) ¡No!... ¡Nunca!... ¿Quién eres tú?... ¿quienes sois todos para imponerme vuestra voluntad? ¿Soy un maniquí?... ¿soy un niño?... ¿soy un idiota?

LOR. No; eres un réprobo: no más. ¡Ven, Angustias!

ANGUST. ¿Á dónde?

LOR. Al cláustro.

ANGUST. ¡Padre, imposible!... ¡Es muy desdichado mi Julián!... ¡no puedo abandonarle!...¡

LOR. ¡Haz que obedezca tu hija! (Á Rosario.)

ROSARIO. ¿Y si se muere de pena? (Separándose de Lorenzo y uniéndose al grupo de Julián.)

LOR. ¡Ah!... ¡también tú!... ¡Ven á mis plantas, Angustias!

MARTIN. ¡Ven á mis brazos, Julián!

JULIAN. ¡No!... ¡Ni ella... ni yo! ¡Nosotros *aquí*, en apretada piña de amor! ¡Vosotros *allá*, en la soledad de la fiereza y del odio! ¡De este lado las víctimas!... ¡Los sacrificadores muy lejos! ¡Escuche usted, don Lorenzo; usted, el santo sin corazón: ¡Angustias será mía! ¡mía! ¡con la voluntad ó sin la voluntad de su padre! ¡Oye tú, padre mío... tú, que tanto mal me has hecho... y á quien quiero tanto... tanto... (Bajando la voz.) como á

ella!... ¡Si mis brazos te apetecen, ven á buscarlos; pero te juro por el nombre que me diste, que ya nunca, nunca, estarás en ellos solo!... ¡Con ella, ó lejos de mí!

(La disposición de los personajes es la siguiente. Á la derecha formando un grupo artístico Magdalena, Julián, Angustias, Rosario: á la izquierda D. Lorenzo y D. Martín.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La escena representa un salón elegante y lujoso en casa de Julián. Puertas laterales. Á la izquierda, en primer término, un balcón. Á la derecha un sofá; á la izquierda una mesita y una butaca. En el fondo una puerta, por la que se vé la antesala, y dos puertas laterales. Es la caida de la tarde.

ESCENA PRIMERA.

ROSARIO y MAGDALENA sentadas.

ROSARIO. ¡Qué lindísima está mi Angustias! ¿Verdad, Magdalena? Tenemos una Vírgen, allá en el convento, que es su propia imágen.

MAGD. No la soñé yo de otro modo para compañera de mi hijo.

ROSARIO. ¡Gracias, Magdalena; gracias! ¡Qué buena es usted! ¡Y pensar que hoy sería para mi pobre Angustias el día más dichoso de su existencia, si Lorenzo fuese menos severo, y don Martín... un poco más dócil!

MAGD. Pide usted imposibles, Rosario. Único pensé que era Martín; pero su esposo de usted, con todas sus virtu-

des, que yo no le niego, no desmerece, por lo inflexible, mejor diré por lo obstinado, del padre de Julián.

ROSARIO. ¡No lo sabe usted bien! ¡Así es, esto sólo á usted se lo digo, que me da tanto miedo Lorenzo, como á usted Martín! ¿Verdad?

MAGD. No; ya no. ¡Antes, no sólo le tenía miedo, sino que le odiaba! ¡Después he caído en la cuenta de que era que le tenía envidia; envidia, por mi Julián! ¡Pero ahora, él es el que me envidiará á mí! á cada cual le llegan sus horas de tristeza.

ROSARIO. Y es muy justo; cada mártir tuvo su martirio, pues que cada hombre tenga el suyo; que los hombres de hoy valen mucho menos que aquellos santos varones.

MAGD. ¡Pues hoy sufre el suyo Martín, porque Julián me quiere tanto como á él; yo creo que más! Y mire usted, Rosario, que bien considerado todo, es muy duro lo que le pasa. ¡Él... ha estado veinticinco años, sin pensar más que en su hijo; consagrado á Julián por completo! ¡él le ha dado carrera, educación, bienes, ciencia, todo... hasta lo que jamás dió á nadie: hasta su corazón! Lo amarró á sí todo lo que pudo; lo ató con todos los lazos de la costumbre, del cariño, de la gratitud... y llego yo... y en un minuto, ¡si no fué más! sólo en un minuto, sin habernos visto nunca, ¡todos esos lazos, desechos y rotos! Y le digo: «¡soy tu madre!» ¡y se me abraza, y puedo más que ese hombre! mire usted, que parece obra de la Divina Providencia!

ROSARIO. ¡Y lo será!

MAGD. Y nada, aquí vivimos los dos juntitos; Julián y yo. ¡Y Martín... lejos, en otra casa; ni le da el primer beso por la mañana, ni el último cuando es llegada la noche; ni siquiera asistirá como yo, á la boda de su hijo! ¡Si viera usted qué gozo tengo y qué orgullo! ¡Y él... cómo debe sufrir! ¡crea usted que casi me dá compasión!... ¡pobre Martín!... ¡ah, señor jactancioso, las madres podemos mucho!

ROSARIO. ¡Sí, señora, sí; algo de eso me pasa á mí también! También Lorenzo me ha tenido separada de Angustias años y años. Él, con su hija: quería darle un beso, que no querría muchas veces, pues la besaba. Y yo, allá, sola, queriendo besarla siempre y sin poder nunca. Pues ahora todo ha cambiado: mi Angustias está conmigo, y huye de él, y le niega su obediencia, y se casa contra su voluntad. Así es que Lorenzo sufrirá horriblemente estos días; aunque por mucho que sufra no será más de lo que yo he sufrido. Y rezará mucho... pero no tanto como yo en catorce años. ¡Y en su desesperación maldecirá á mi Angustias! (Exaltándose.) ¡Si ya me lo figuro! Pero eso no. Poco á poco; por muy santo que sea, no tiene derecho para maldecir á nuestra hija, porque sigue los impulsos de su corazón, siempre acatando los preceptos divinos. ¡Sino que Lorenzo quisiera que nadie amase! Pues ley del mismo Dios es la del amor... aunque él la desconozca y la niegue. ¡Conque hacen bien nuestros hijos si se aman! ¡sí, que se amen, que se amen con toda su alma! ¡aunque no quiera Lorenzo! ¡Pobre Angustias, pobre Julián, pobres corderillos que al fin escapan de las fauces del lobo!

MAGD. Dios haga que sea pronto. Crea usted que los minutos se me hacen siglos. ¿Qué hora será? (Volviéndose para mirar el reló.)

ROSARIO. (Lo mismo.) Las seis. Y á las siete la boda.

MAGD. ¿Y está todo dispuesto?

ROSARIO. Todo. Yo misma he arreglado el altar, en el gabinete que da al jardín, y he dejado abierto el balcón toda la tarde; de manera que nuestra capilla improvisada está llena de los aromas que el vientecillo del anochecer recoge en los cuadros de flores. ¡Y el altar! está como de mi mano; hecho un áscua de oro y un ramillete: catorce años en un convento, figúrese usted si sabré arreglar un altarcito; como que era yo siempre la encargada. Vaya por Dios; no hay mal que por bien no

venga... No: ¡Jesús, qué cosas digo! No es decir que me pese el haber estado catorce años encerrada procurando mi salvación, como dispuso Lorenzo; pero, mire usted... yo no sé si diré una herejía... ello es que un abrazo de mi hija me parece que me acerca más al cielo, que toda la penitencia que me impuso Lorenzo. ¿Qué le parece á usted?

MAGD. Que tiene usted razón; si, señora. Yo no he sido tan buena como usted, y con todo, cuando aquél día me dió un beso Julián, me pareció que una aureola de luz me circundaba la frente, y me sentí otra, otra por completo... muy en alto, y todos ustedes que me rodeaban, todos... ¡muy chiquitos! ¡Pero qué cosas digo y qué pensará usted de mí!

ROSARIO. Dice usted en sustancia, lo mismo que digo yo: que hemos sido muy desgraciadas y que justo es que nos desquitemos.

MAGD. ¡Pero qué despacio va el tiempo! (Mirando al reló.)

ROSARIO. La boda debía estar ya hecha: si lo dije yo. ¡Quién sabe lo que puede ocurrir! Y Angustias está muy delicada.

MAGD. Es verdad, y muy nerviosa.

ROSARIO. Y la lucha de estos días no la puede resistir ni una hora más. La están matando. El médico puso ayer muy mala cara y dijo con voz muy severa: «que no se le dé ningún disgusto: que no vea á su padre: y nada... casarla, casarla pronto... que se la lleve su marido... y sea lo que Dios quiera.» Ya se sabe que ha de ser lo que Dios disponga, pero ¿por qué lo diría el médico?

MAGD. Cosas que se dicen.

ROSARIO. Sí; pero los señores médicos no suelen decir esas cosas.

MAGD. ¡Quién sabe!

ROSARIO. Las seis y cuarto: qué nerviosa estoy yo también. Mientras no los vea casados... me parece que puede ocurrir algo...

MAGD. ¿No oye usted? ¿alguien viene?.... se oye hablar en la antesala...

ROSARIO. ¿Quién será, Dios mío? Vea usted, por favor... yo no tengo fuerzas.

MAGD. (Va al fondo, mira y vuelve.) No hay cuidado: es don Justo.

ROSARIO. ¡Ay! ¡qué vuelco me dió el corazón! ¡ya me figuré que asomaban por esas puertas don Lorenzo y don Martín!... ¡como dos sombras!

MAGD. ¡Dios nos libre!

ESCENA II.

MAGDALENA, ROSARIO y D. JUSTO por el fondo, izquierda.

JUSTO. Buenas tardes, señoras mías.

MAGD. Muy buenas, don Justo.

ROSARIO. Muy felices se las dé á usted Dios.

JUSTO. ¿Y Angustias y Julián?

MAGD. Por allá dentro, preparándose para la gran ceremonia.

ROSARIO. Ya sabe usted que se casan aquí: vendrá el señor cura... como Angustias está tan delicada...

JUSTO. Ya lo sé y es mucho mejor. ¿Y á que hora?... Dijeron á las siete: ¿no es eso?

ROSARIO. Sí, señor.

MAGD. Á esa hora vendrán los testigos... poquísima gente... sin ostentación...

JUSTO. Bueno, bueno: lo que importa es que sea pronto.

ROSARIO. (Alarmada.) ¿Ocurre algo?

MAGD. ¿Teme usted?...

JUSTO. Temo... lo mismo que temen ustedes. Las violencias de Lorenzo, las terquedades de Martín, un último choque de nuestros *excelentes amigos*, que podría ser funesto para todos ¡y principalmente para Angustias!.. ¡que no está buena, no señora, no está buena! (Á Rosario.)

ROSARIO. ¿Pero usted? ¿sabe algo?... ¿tiene usted algún motivo para sospechar?...

JUSTO. Vengo de ver á don Lorenzo y no puedo explicar á ustedes el estado en que se halla el buen señor. Por primera vez, desde que le conozco, y le conozco desde niño, le he visto llorar, ¡y caras hemos de pagar sus lágrimas! Todas sus creencias religiosas, impíamente escarnecidas por don Martín; todos los respetos sociales, entendidos á la antigua, como él los entiende, humillados por la ley moderna, que le arrebata su Angustias y la protege en su desobediencia; su hija y su esposa braveándole á él, á él, señor absoluto de su familia y de su casa; sus celos de padre que despiertan irritados al ver que da la preferencia á otro hombre y por él le abandona, aquella misma á quien él dió la preferencia de su cariño en esta vida; hasta su vanidad de gran pontífice arrastrada á los piés del aborrecido materialista; en suma, su fé, su cariño, su orgullo y todas las buenas y las malas pasiones que caben en un corazón humano, revuélvense en el de don Lorenzo con tales ímpetus de tempestad y tales sacudimientos de terremoto... que la crísis suprema está próxima, y no me pesara conocer su hora precisa para colocarme á respetable distancia de mi buen amigo don Lorenzo Cienfuegos.

ROSARIO. ¿Pero usted cree que nos da tiempo hasta mañana?

MAGD. No necesitamos más; porque mañana ya estarán casados...

JUSTO. Sí, lo comprendo perfectamente: se casan y se van á la región de las calmas; pero no sé, no sé. Los ciclones corren mucho, amigas mías; y el que se formó en el ecuador de este pequeño mundo, cuando en direcciones contrarias soplaron de uno y otro polo, como dos vendavales, uno y otro fanatismo, dignamente representados por don Lorenzo y don Martín, avanza con rapidez aterradora, sino es, que ya nos tenga envueltos en sus vertiginosos anillos.

ROSARIO. Perdone usted, don Justo, yo no entiendo esas cosas:

lo que yo deseo saber á punto fijo, es si vendrá Lorenzo esta noche.

JUSTO. ¿Desean ustedes saberlo?

ROSARIO. Sí, señor.

MAGD. ¡Ya lo creo!

JUSTO. ¿Y tendrán ustedes valor?

MAGD. Yo estando cerca de mi hijo, para todo.

ROSARIO. Y yo, en viéndome delante de Lorenzo, para nada.

JUSTO. ¡Pues ea! ¡es cosa decidida: vendrá!

ROSARIO. ¿Qué dice usted, don Justo?

JUSTO. Ni más, ni menos que lo que él me dijo hace poco, con voz ronca, ojos de fuego y crispamiento de manos. Vendrá, según me anunció, para cumplir su deber hasta el último momento; para oponerse ante Dios y ante la ley á la boda; para salvar si es posible á su hija; para castigar en todo caso la soberbia de don Martín; para reducir á usted á la obediencia; (Á Rosario.) para nada menos, que para todo esto: en suma y en castellano neto, para darnos á todos un gran disgusto, que sobrepuje á los anteriores. Conque, señoras mías, váyanse ustedes preparando.

ROSARIO. ¡Dios mío, Dios mío, qué hombre!

MAGD. ¿Pero no hay modo de evitar que don Lorenzo?...

JUSTO. No señora.

MAGD. ¿No se puede cerrar la puerta á una fiera? ¿maniatar á un demente?

JUSTO. No, señora. ¡Solo hay una manera de aplacarle: una sola: ya sabe usted cual! Si haciendo un esfuerzo supremo, puede conseguir su hijo de usted, que don Martín se ponga en regla, como dice don Lorenzo, con su propia conciencia y con el mundo, entonces...

MAGD. ¡Qué empeño de hombre!

ROSARIO. ¡Silencio, que viene Angustias! ¡Á ella, ni una palabra!

JUSTO. No, señora, no. ¡No está la pobre para más emociones!

ROSARIO. ¡Angustias!... ¡hija mía! (Saliendo á su encuentro.)

ESCENA III.

MAGDALENA, ROSARIO, D. JUSTO, ANGUSTIAS por la derecha.

JUSTO. Mi querida Angustias... (Saliendo á su encuentro.)

ANGUST. Señor don Justo... siempre tan puntual y tan bueno... ¿pero es ya hora?

JUSTO. Todavía no; pero mi reló, cuando se trata de amigos como ustedes, es reló de enamorado: adelanta. De cualquier manera, ya no falta mucho tiempo. ¡Todo llega en este mundo, hasta la dicha!

ANGUST. Al fin llega; pero mezclada con muy honda tristeza. ¿Le ha visto usted? ¿ha visto usted á mí padre?

JUSTO. No te ocupes hoy más que de Julián. Tiempo tendremos después para conseguir que papá desarrugue el ceño. Va, los papás son todos iguales. Gruñen mucho, y luego... se ablandan. Dureza de escarcha que al primer rayo de sol se derrite en agua. ¡Hoy vengo muy poético, como habrás notado: es preciso que todos estemos en situación!

ANGUST. No eluda usted mi pregunta. ¿Le ha visto usted esta mañana? ¿sabe que hoy es la boda?... ¿está muy enojado conmigo? ¿qué dice? ¿la verdad?

JUSTO. No me importa lo que diga, ni quiero saberlo, ni quiero verle, ni he de permitir que hablemos de cosas desagradables.

ANGUST. ¡Sea usted complaciente!... contésteme usted.

JUSTO. No puede ser. ¡Estoy muy ocupado! ¡Tú, como no tienes que hacer más que casarte! Pero nosotros tenemos que arreglarlo todo. ¿Verdad, doña Magdalena?

ANGUST. ¡Don Justo!...

JUSTO. Conque si á usted le parece, (Á Magdalena.) iremos á que Julián arregle... lo que falta por arreglar.

MAGD. Cuando usted guste. (Magdalena pasa al lado de D. Justo.)

JUSTO. (Ap. á Magdalena.) (¡Hay que hacer que Julián llame á don Martín!)

ANGUST. ¿Y me deja usted de este modo? es inútil que disimule usted: ¡usted sabe algo!

JUSTO. Te dejo por breves instantes. ¡Con qué hasta luego: en la capilla: te emplazo para las siete!

ANGUST. ¿Y no me dice usted nada!

JUSTO. ¡Pues no he decirte! ¡Mucho valor! ¡mucha alegría! ¡Algunas lagrimitas: las de costumbre en estos casos! ¡un *sí* muy enérgico! ¡un abrazo muy apretado á tu madre! ¡Después al tren, y á Paris! ¡Y mientras la máquina vuela sobre los carriles, y avanzais á todo vapor, allá, en las poéticas horas de la noche, mira por la ventanilla al dilatado horizonte de tierra castellana y verás subir por el azulado cielo una hermosa luna de color de miel, que pasa por entre los tendidos hilos del telégrafo como nota de amor en eléctrico pentágrama, trazando divina y fantástica melodía! ¡fusa y semifusa de la pasión! ¿Eh? ¿qué tal la imágen? ¿sirvo para el caso? ¿no te dije que venía inspirado?... ¡Conque: hasta muy pronto!... Adios... Adios... ¿vamos, doña Magdalena?... (Desprendiéndose de Angustias.) ¡Pobre criatura! ¡y bendito don Lorenzo! ¡y reverendísimo don Martín! (Salen D. Justo y Magdalena por la derecha.)

ESCENA IV.

ANGUSTIAS y ROSARIO.

ANGUST. ¡Qué amable es y qué cariñoso! pero algo sabía que no ha querido decirme. (Se sienta triste y preocupada en el sofá.)

ROSARIO. (Sentándoso junto á ella.) ¡Vamos, Angustias, que no quiero verte así! ¡Esta mañana te ví de buen color! y alegre y animadísima! y ahora te veo pálida como una muerta, tus manos abrasan, y al estrecharte contra mí, tu cuerpo se estremece.

ANGUST. Esta mañana me encontraste alegre, porque había so-

ñado... ¡qué sueño, madre mía!... que al cabo don Martín... comprendía su deber... que con esto, mi padre nos perdonaba á todos y venía á nuestra boda... y es claro, todos estábamos contentísimos. ¡Pero vaya usted á fiarse en los sueños! Ha pasado el día... hora tras hora... y ni don Martín se arrepiente, ni acude mi padre... Y llegará el momento de la boda... y lo que más deseaba en este mundo... ¡será lo más triste y lo más desesperado!

ROSARIO. ¡Vamos, Angustias, si Julián te oyese!... ¡creería, y con razón, que tu cariño no es lo que era! ¡qué acaso estás arrepentida!...

ANGUST. ¿Arrepentida yo de quererle y de ser suya? No, madre, no. ¡Por nada en el mundo renuncio á ser su esposa! ¡Ni por el enojo, ni por la ira, ni por la maldición de mi padre! ¡Ya ves tú!... ¡cuando digo estas cosas, y las siento como las digo, ya ves tú si le querré! ¡Si al decir «*sí*» en el altar, con ese *sí* se fuese mi último aliento, no creas tú que lo retendría; mi alma es de Julián y hoy he de ser suya, aunque entre unos y otros torturen mi cuerpo y lo deshagan en tierra!

ROSARIO. Por Dios, hija: antes te dije que le querías poco, pero ahora me va pareciendo que le quieres demasiado.

ANGUST. Pues así le quiero. ¡Iré agonizando al altar; porque el no ver á mi padre, contigo, junto á mí, me mata!... ¡pero iré! ¡Mi padre es muy injusto con Julián y yo he de borrar esa injusticia, aunque me cueste la vida! ¡Pobre Julián mío! ¿No soy yo su felicidad? pues seré su esposa y será feliz, aunque contra él se desencadenen todos los odios de su padre y del mío; ¡qué si los hijos nos odiásemos como los padres, el mundo sería un infierno de malas pasiones!

ROSARIO. (Contemplándola un momento.) ¡Hija de Lorenzo eres, que su carácter tienes! pero también eres hija mía, que sabes amar... como yo hubiera amado. (Esto último casi en voz baja.) Pero, ¡ay de mí!... ¡yo ante Lorenzo... temblaba... siempre temblaba!

ANGUST. Y yo también. Pero temblando y todo... sigo mi camino.

ROSARIO. Y haces lo que debes. Que en ese camino está tu madre para llevarte, y Julián para recibirte, y Dios para bendeciros.

ANGUST. ¡Y para maldecirme, mi padre! ¿Por qué ha de ser esto, Dios mío, por qué? ¿Tan criminal soy?

ROSARIO. ¿Maldecirte? ¿él? ¿pero qué derecho tiene ese hombre, aun siendo un dechado de perfecciones, para hacer la desgracia de toda su familia? (Exaltándose por grados.) ¿Ó se ha propuesto marchitar toda vida, que se agite en mi seno, ó que de mi seno brote? ¿Quién es él para hacerte desgraciada? ¡Ah! si me obliga... (Conteniéndose al observar que Angustias la mira con asombro.) ¡Jesús mío, qué cosas digo! No hagas caso de mí: es que al verte tan triste, pudiendo estar tan alegre... pierdo lo cabeza... y te hablo mal de tu padre... ¡qué es cosa de gran injusticia y de gran perversidad!... ¡porque él es muy bueno, muy bueno... eso debes pensar tú!

ANGUST. Ya lo sé: como sé que yo soy una hija muy mala.

ROSARIO. ¡No digas eso, porque no es verdad!

ANGUST. ¡Pues no he de decirlo! Mira, madre del alma: yo desobedezco á mi padre; yo le afrento ante el mundo huyendo de su casa; en el momento más solemne de mi vida... ¡le separo de mí! ¡Esto sí que es perversidad! ya lo creo: y ha de tener su castigo; de modo, que yo sé muy bien, que ya nunca seré feliz. Esperaré una dicha, querré saborearla, pues en la dulzura que me traíga, Dios pondrá una gotita de hiel, de suerte que todas las dulzuras de la vida se me pondrán amargas. Pero ya que yo no puedo ser dichosa, que lo sea Julián, este es el único consuelo que aguardo, y quizá el único que merezco.

ROSARIO. ¡Qué criatura, y qué sin razón y sin sentido está hablando! Desobedeces á tu padre; pero me obedeces á mí; ¿y yo no soy nadie? De su casa saliste; pero conmigo, y á donde va la madre va la primera morada y la

más santa de los hijos. No estará á tu lado, dentro de poco; pero estaré yo, que soy tanto como él, ¡por no decir más!

ANGUST. Perdóname, madre mía: tienes razón: soy injusta contigo; pero como siempre he vivido con él... como me quiere mucho, á pesar de ser tan severo con los demás... le quiero mucho también, y se me angustia el corazón al pensar que soy la causa de sus tristezas... que tal vez ahora mismo estará llorando por mí... que todas las mañanas, después de venir de misa me daba un beso... y todas las noches, otro beso después de decir nuestras oraciones... y ya se acabó... ¡se acabó para siempre!

ROSARIO. (Muy conmovida.) Conque siempre has vivido con él... ¿y conmigo no? Conque siempre te besaba él... ¿y no te besaba tu madre?

ANGUST. ¡No creas que por eso te quiero menos!

ROSARIO. ¡Sí!... ¡sí!... ¡menos que á él!... ¿Y de quién la culpa? ¡vamos á ver! ¿De quién? ¿Mía? no: ¡eso sí que no lo sufro! ¡De nuestra casa me arrojó, y me arrancó de tus brazos! ¡Los besos que te daba, míos eran, que él me los robaba para que creyeses que eran suyos! ¡Yo besando catorce años en las frías losas de mi celda, y él en los tibios labios de mi hija! ¿Y esto no ha de tener un castigo? ¡dejaría Dios de ser Dios! ¡Que te maldiga si quiere, que yo, tu madre, su esposa, su víctima, le maldeciré también y veremos que maldición puede más! (Levantándose deliranto.)

ANGUST. ¡Madre!...

ROSARIO. Es que la resignación tiene un límite, ¡y robarme tu cariño es rebasar ese límite! ¡Porque yo te quiero mil veces más que él! porque él tendrá dentro de sí todos los coros de los ángeles celestiales, pero se arrancó el corazón para dejarles sitio, y yo tendré un corazón humilde, débil, pecador.. ¡pero tengo corazón!

ANGUST. ¡Ay, madre, madre mía! ¡qué es lo que yo te hice para enojarte también! (Angustias cae llorando en el sofá.)

ROSARIO. ¡No, Angustias, no! ¡Vírgen Santísima, que loca soy, y qué mala, y que aturdida! ¡Quise darte alegrías, y te hago llorar!... ¡No llores, no!... ¡No llores! Mira que viene Julián... y si te encuentra llorando... ¡se afligirá mucho!

ANGUST. ¡Ah!... ¿Julián viene?... ¡no, que no me vea llorar!... (Secándose apresuradamente los ojos.)

ROSARIO. (¡Á todos quiere más que á mí!... Á Julián... bueno. Pero á Lorenzo... ¡no!) (Ap.) ¡Ah!... ¡Julián!... (Cambiando de tono.)

ESCENA VI.

ANGUSTIAS, ROSARIO y JULIÁN por la derecha, segundo término.

JULIAN. (Acereándose con interés á Angustias.) ¿Qué tiene Angustias? ¿Por qué llora? (Á su madre.)

ANGUST. Si no lloraba. (Fingiendo alegría.)

JULIAN. ¡No finjas, que es inútil! ¿No sabes que todas las potencias de mi ser están reconcentradas sobre el tuyo? ¿Pues una sola lágrima que brote de tus ojos, no la veo yo brillar, aun después de estar seca? ¿la más ligera sonrisa que se deslice por tus labios, no viene á juguetear sobre los míos? Pues yo digo, que has llorado; que estás triste; que sufres mucho; y que yo... ¡quería hacerte dichosa y te hago desgraciada!... ¡Ah! ¡qué desesperación, que desesperación, Angustias!

ANGUST. ¿Pero ves, madre, qué manía?

ROSARIO. No lo crea usted, Julián. Hablábamos... de muchas cosas... todas muy alegres... y se enterneció un poco... ¿verdad? (Á su hija) y derramó algunas lagrimitas... de gozo. De gozo; sí, señor. ¿No es cierto? Dílo tú.

JULIAN. No: no es eso.

ANGUST. ¡Pero qué desconfiado!

JULIAN. La idea de que tu padre te niega su consentimiento; de que es muy terrible su enojo; de que quizá ven-

ga á amenazarte, no se aparta de tí. ¿Y quién sabe? acaso te arrepientes de haber consentido en nuestra boda.

ANGUST. ¡Qué poca fé tienes en mi cariño! ¡Si tú hubieses oído lo que hace poco le decía á mi madre!...

ROSARIO. ¡Toma! ¡pues si me dijo cosas que me dieron miedo! ¡Si tuve que reñirla! Si le dije, «bueno y santo es querer á ese hombre que ha de ser tu esposo... ¡pero un poquito menos!»

JULIAN. ¿De veras? ¿De veras?

ROSARIO. ¡Mire usted si yo mentiría! Si llegó á decirme...

ANGUST. No, madre; no. No lo merece.

JULIAN. ¡Angustias de mi alma! ¡Si adivinára usted, señora, la adoración que tengo yo por ella!

ROSARIO. ¡Ya se conoce!

JULIAN. ¿De modo, que no estás arrepentida? ¿que vas contenta al altar? ¿que tendrás pena por el enojo de tu padre, sentimiento natural y legítimo que yo respeto; pero que en la dicha de vernos unidos para siempre se anegan todas tus tristezas? ¿no es esto?

ANGUST. Tú lo dices, y como tú lo dices, yo lo siento.

ROSARIO. Gracias á Dios que todos estamos conformes.

JULIAN. Es que yo tengo también que pensar en muchas cosas. ¿Crees tú, que yo no quiero á mi padre, y que su alejamiento no me duele? ¿Imaginas que la situación de mi madre, que tanto ha sufrido, no me tortura de todas veras? ¡Pues con todo eso, esta mañana me dije: «hoy es el día de la boda: Angustias será mía: ya nadie, ni don Lorenzo, ni don Martín podrán separarnos; pues hoy no quiero pensar más que en Angustias y en nuestra dicha! ¡Fuera, lejos de mí, toda idea que no sea la de su felicidad y mi delirio!» Y desde que amaneció Dios, no pienso en otra cosa, sino en que, á las *siete* nos casan, á las *nueve* nos vamos, y en que el vapor enemigo jurado de don Lorenzo y poderoso amigo de todo ingeniero como yo, ha de tener á punto de honra separarnos del santo varon lo más aprisa posible.

ANGUST. ¡Ea! pues no pensemos en cosas tristes.

JULIAN. ¡Lo cual no impide que esté inquieto, excitado, febril! Todo el día me lo he pasado dando vueltas por mi habitación. Á las nueve pensaba, «faltan diez horas:» y miraba tu retrato. Á las diez besaba tu retrato y pensaba, «ya no faltan más que nueve horas.» Á las once repetía una docena de veces: «¡ocho horas, ocho horas, no más!» ¡y apretaba tu retrato contra mi pecho! (Con creciente pasión.)

ROSARIO. Mire usted, Julián, lo más prudente será que continué usted paseándose por su cuarto hasta las siete de la noche.

JULIAN. Perdone usted... (Á Magdalena.) ¡Es que no sé lo que digo! Y también digo estas cosas para distraer á nuestra pobre Angustias.

ROSARIO. Pues me parece que ya está conseguido. Por ahora no hay que *adivinar sonrisas,* como usted nos dijo, para ver que *sonrie.*

ANGUST. ¿Y cómo no? ¡al oir los disparates que dice Julián!

JULIAN. ¡Yo te aseguro que hemos de ser muy felices!

ROSARIO. Lo mismo que yo le decía. Si todo ha de parar en bien.

JULIAN. Muy cierto, doña Rosario, muy cierto. Solo hay un obstáculo insuperable en la vida: la muerte. Pero mientras tú vivas, vive la esperanza. Cederá mi padre, ¿no ha de ceder? Y cuando yo le enseñe un pequeñuelo...

ROSARIO. ¡Qué cosas dice usted, Julián!

JULIAN. ¡Si es por distraer á Angustias!...

ROSARIO. Pero es que por distraerla á ella, usted es el que se distrae un tanto.

JULIAN. Bueno; pues ya déjeme usted concluir.

ROSARIO. Concluya usted, pero no vuelva usted á empezar.

JULIAN. Pues decía, que cuando yo le enseñe á mi padre un pequeñuelo y le diga entre airado y suplicante: «no te acerques á él, que sus manos son muy tiernecitas y no pueden tocar la piedra, conque á ser hombre de carne ó á buscar nietecillos de pedernal.»

ROSARIO. Eso ya está bien. ¿Verdad, Angustias?

ANGUST. Sí, señora: eso está muy bien.

JULIAN. ¡Cá! ¡cuándo yo le diga eso, la piedra ha de ser cera blandísima al calor de mis brazos! ¡Y mi madre ocupará el puesto que le corresponde! ¡Y don Lorenzo, ya desagraviado, perdonará como hombre justo y religioso que es! ¡Y todos juntos formaremos una sola familia! ¡y seremos muy felices! ¡Y si es necesario, para dar gusto á tu padre, costearé en acción de gracias una función de iglesia, con sermón de don Bernardo... y órgano expresivo!... ¡movido por la electricidad, novísima invención que será muy del agrado de don Martín! ¡síntesis y conciliación de la idea antigua y de la ciencia moderna por obra y gracia del amor de Angustias y Julián!

ANGUST. ¡Dios te oiga!

ROSARIO. Dios le oiga á usted.

JULIAN. Y usted, señora, con nosotros, cuidando con mi madre de los nietecillos, que para todas habrá.

ROSARIO. ¡Otra vez!...

JULIAN. ¡Si es el porvenir! ¡si es la esperanza!

ANGUST. ¡Ay, si yo pudiera aplacar á mi padre!

JULIAN. Ya lo creo que se aplacará. Y tengo mis razones para pensarlo así: y hasta he tenido mis presentimientos. Oigan ustedes, que de algo hemos de hablar mientras el momento llega. ¿Qué hora es?

ROSARIO. Las seis y media. Conque diga usted.

JULIAN. Pues á llenar de alegría esta media hora que falta. Anoche... eran las doce... y andaba yo grandemente desasosegado. Tu amor, mi madre, la felicidad próxima, las tristezas presentes... todas estas memorias y todos estos sentimientos, de tal modo habianse revuelto dentro de mí, que mis nérvios andaban desatados como diablillos, de los que no sabe conjurar don Lorenzo, y mi cabeza ardía como un horno de los que ha sabido inventar mi padre con tan ingeniosa ciencia. Abrí el balcón, me asomé buscando aire y frescura, y

como nos sucede siempre que queremos huir de nosotros mismos, vi realizadas en el mundo exterior las propias ideas que bullian en mi cerebro. Enfrente de mí estaba el *Teatro nuevo*, y en su pórtico brillaba una poderosa lámpara de arco voltáico irradiando en todas direcciones vivísimos rayos de esplendorosa luz. Lindando con el rico coliseo, elevábase la vieja iglesia, y en su frontispicio dominaba un cuadro del *Cristo de la Columna*, iluminado por un humilde farolillo de aceite. Eran, las dos ideas que hoy luchan alrededor de nosotros, las que frente á frente se me presentaban. El mundo antiguo con sus piadosas creencias; el mundo moderno con sus portentosas creaciones: el fluído eléctrico que circula y brilla; el hombre Dios que sufre y muere. La débil luz de la imágen, se anegaba en los resplandores del intenso foco; pero cuando llegaba un eclipse y el foco moría, el único destello que iluminaba al presuroso transeunte, al pobre vergonzante, ó al que cansado de los goces del espectáculo, abandonaba el teatro, era el que entre sombras bajaba del farolillo del Cristo.

ANGUST. ¿Ves tú qué injusto es mi padre? no hablaría de ese modo ni con ese respeto don Martín. Sigue, Julián: sigue.

JULIAN. Con estas cavilaciones andaba yo, cuando reparé en dos hombres que pasaban y repasaban sin cesar por delante de casa. El uno, siempre que cruzaba ante el Cristo, se descubría: el otro, á cada intermitencia del foco eléctrico, decía en voz alta «mal regulador tiene.» Si de antemano no los hubiera conocido, habríalos conocido entónces. Eran tu padre y el mío, que rondaban esta casa, que hacia ella se sentían atraídos, que se arrepentían acaso de sus exageraciones, que acaso deseaban paz y amor. En una de las vueltas y cuando iban á la par, un niño los detuvo pidiéndoles limosna, y ambos tendieron sus manos y sus manos se tocaron; y yo pensé, si la caridad los une un instante, ¿por qué

el amor de sus hijos no ha de unirlos para siempre? ¡Quién pudiera confundir esas dos luces en un solo foco? ¿quién pudiera unir á esos dos hombres en un solo abrazo? ¡Y estos fueron mis presentimientos en aquella noche de calentura y estas son mis esperanzas en este dia de felicidad!

ROSARIO. Y se realizarán; no lo dudes. (Á su hija.)

ANGUST. ¡Ojalá, madre mía!

ROSARIO. Pero es preciso que tengas ánimo, que no te apoques, que no te asustes por nada, que aunque tu padre, póngo por caso, viniese de pronto...

ANGUST. ¿Pero qué dices? ¿va mi padre á venir? ¿os ha dicho algo don Justo?

ROSARIO. ¿Lo ve usted, Julián? ¡ya se agita! ¡ya se estremece!

ANGUST. ¡Pues no me oculten nada!... ¡la verdad!

JULIAN. Pero aunque viniese ¿qué te importa? ¿no estaré yo?

ESCENA VI.

ANGUSTIAS, ROSARIO, JULIÁN, D. JUSTO por el fondo, izquierda.

JUSTO. (Apresuradamente.) ¡Julián!... ¡ahí está!... ¡te espera!... vamos...

ANGUST. (Con ímpetu.) ¡Él! ¡mi padre!

JUSTO. ¡No, hija! (Conteniéndola todos.)

ANGUST. ¡Quiero abrazarle! ¡quiero llorar en sus brazos! ¡aún me quedan lágrimas y gritos del alma y súplicas! ¡si parece mentira lo inagotable que es el manantial!

JULIAN. No, Angustias; pero si no es don Lorenzo.

ROSARIO. ¡Si no es tu padre! ¿Estaría yo así... si fuese él?

ANGUST. ¡Me engañais todos! ¡es él!

JULIAN. Es mi padre, Angustias. ¡Le he rogado que venga para hacer el último esfuerzo! ¡Te lo juro!

ROSARIO. Sí, hija: es don Martín. ¿Tú cres que nosotros descansamos? Tú, por tu camino, y á quitarte piedrecitas los que tanto te queremos.

JULIAN. Conque llévenla ustedes allá dentro, y dejénme reñir

una última y descomunal batalla con don Martín Pedregal.

ANGUST. ¡Dios mío!

ROSARIO. Vamos, Angustias.

JULIAN. Sí, bien mío: ten confianza en mí. (Llevándola entre todos á la derecha, segundo término. D. Justo mirando por el fondo, izquierda.)

JUSTO. ¡Ea! ya se cansó y hacia aquí viene como locomotora descarrilada. Quitémonos de enmedio.

ANGUST. ¡Julián!... ¡qué Dios te inspire!

JULIAN. ¡Valor, Angustias!

ANGUST. ¡Y tú también!

JULIAN. Por tí... y por mi madre, lo tendré.

ROSARIO. ¡Vamos!...

JULIAN. ¡Adios, bien mio!

ESCENA VII.

JULIÁN y D. MARTIN.

MARTIN. (Entrando impetuosamente.) No valía la pena de hacerme venir, para que midiese á lo largo y á lo ancho tus antesalas: ya estás servido: ¿puedo marcharme?

JULIAN. Perdóname, padre mío. Angustias estaba conmigo... y se halla débil, enferma... toda emoción puede provocar una crísis... ¡de modo que hasta que ella se ha retirado!...

MARTIN. ¿Conque muy enferma? ¿eh? Lo siento: pobrecilla. Es claro: ese Lorenzo nos matará á todos; y luego es capaz de pedir en solemne misa de *requiem* por la salvación de nuestras respectivas almas, la mía inclusive. ¡Buena la está poniendo en vida!

JULIAN. Es muy posible todo eso que anuncias. Lo que no es posible, según veo, es que se aplaquen vuestros odios.

MARTIN. Si yo no le odio: le compadezco. Pero no creo que me hayas llamado para discutir sobre el estado patológico de Lorenzo.

JULIAN. No, padre mío.

MARTIN. Pues entonces, ¿para qué? Ya sabes que soy hombre práctico y positivo, y que me fatigan preámbulos y retóricas. ¿Qué me quieres?

JULIAN. ¿Que si te quiero?

MARTIN. ¡Dale con jugar del vocablo! Que quieres de mí: esto es lo que has de decirme y pronto.

JULIAN. ¿No lo adivinas?

MARTIN. No. Á tus últimas resoluciones me atengo, y no puedo sospechar qué nueva ocurrencia es la tuya. (Con amargura.) «¡Vete *lejos* de mí!» me dijiste: «Ya nunca, nunca estarás en mis brazos, padre mío.» (Previniendo un movimiento de Julián.) ¡Oh! estas fueron tus palabras: las recuerdo bien: es inútil que ahora trates de atenuarlas. ¡Fueron muy claras, aunque muy negras! ¿Ves? yo también hago juegos retóricos: ¡como que el cariño de un padre es sabido, que es cosa de juego! (Sonriendo con tristísima ironía.)

JULIAN. ¡Por eso estás jugando con mi corazón!

MARTIN. No te alarmes. ¡Eres independiente y mayor de edad! Y en siendo mayor de edad, puede un hombre hacerlo todo: ¡hasta renegar de su padre!

JULIAN. ¡No digas eso!

MARTIN. ¿Por qué no? ¿conque tú puedes hacerlo y yo no puedo decirlo? ¡Voto al diablo, que te vas pareciendo á tu beatífico suegro!

JULIAN. ¿Te has propuesto volverme loco?

MARTIN. ¡Pierde cuidado! á esa interesante situación, vendremos todos á parar á poco que esto dure.

JULIAN. Lo que yo te dije, fué: ¡que si quieres venir á mis brazos tendrás que estar en ellos con mi madre!... ¡con mi madre!... Y eso lo dije... ¡y lo repito!

MARTIN. No, querido: agregaste lo de «¡lejos! ¡lejos!» Y por darte gusto, porque yo, en medio de todo, soy bonachón, tenía resuelto irme muy lejos: con mis minas que tienen entrañas más blandas... que otros que yo conozco: y que son más agradecidas... que otros que

conozco yo: y que con ser pobres pedruscos conservan cariñosa memoria del que logró sacarlos de la sombra á la luz?

JULIAN. (Profundamente conmovido.) ¿Padre, quieres que te pida perdón? ¿quieres que me arrastre á tus piés como un perro? ¿quieres pisotearme como á la escoria de tus minas? ¡Pues todo eso haré! y tú me golpeas, y me pulverizas... ¡pero no me digas esas cosas!... ¡no me hables en ese tono! ¡no, padre mío! ¡no, padre del alma. (Se dirige á su padre con los brazos abiertos: D. Martín abre los suyos para recibirle en ellos.)

MARTIN. ¡Julián!

JULIAN. ¡Padre!

MARTIN. (Antes de abrazarle y rechazándole dulcemente.) ¡No!... ¡quita!... ¡quita!... ¡de ese modo estaría *yo solo* en tus brazos!... ¡y un hombre, ha de ser ante todo, hombre de palabra!

JULIAN. ¡Qué despiadado y que rencoroso eres!

MARTIN. ¡Conque todo eso soy!... ¡Y tú, en cambio, una paloma sin hiel! Dice cosas, que desgarran el corazón para siempre... y sus palabras son palabras sin consecuencia, flores poéticas, parlamentos dramáticos! ¡nada más! ¿Pues por qué las dijiste? (Con fiereza y acercándose á él.) ¡Ó las pensabas ó no las pensabas!... No, hijo, no; espera: hay que tener lógica. Ó las pensabas ó no las pensabas. Si lo primero ¡ay Julián, qué mal me pagas el cariño que te tuve!... ¡qué te tengo aún! Si lo segundo... á fé, á fé... ¡que no es fácil decidir cuál es más cruel de los dos!

JULIAN. Pero tú que te acuerdas, tan minuciosamente, de todo lo que en un instante de delirio pude decir, ¿no recuerdas también, cuando lo dije, á quien tenía contra mi pecho, exánime, moribunda, con la cara llena de lágrimas, que se me pegaban á los labios al besarla?... ¡Ay, padre mío, si en mis labios hubo amargura para tí, de mí no venía, sino de las lágrimas de aquella mujer!

MARTIN. ¡Julián! (Algo abrumado.)

JULIAN. ¿Y aquellas lágrimas las hice yo derramar?

MARTIN. ¡Bueno: no fuiste tú, yo fuí; pero tú las saboreaste! (Recobrándose.)

JULIAN. ¿Con qué dolor? ¿lo sabes tú?

MARTIN. ¡No digo... que fuese con placer!

JULIAN. Óyeme, padre mío; porque pensaba decirte muchas cosas... y todo se me olvida. Pensaba en Angustias, que se muere de pena... el mismo día de nuestras bodas; y en los enojos de don Lorenzo, que pueden estallar más terribles que nunca de un instante á otro; ¡y en mi madre... en mi pobre madre!... ¡y te veo, y todo lo confundo... y sólo pienso en tí!...

MARTIN. ¿Conque en tu padre nada más?... (Ap.) (¡Qué zalamero y qué engañador es este chico!)

JULIAN. Te ruego que me oigas con un poco de calma. ¡Si no cedes... al deseo de don Lorenzo, cuando venga... porque don Justo nos ha traído la noticia de que ha de venir... maldecirá á mi Angustias... y mi pobre Angustias no resiste la maldición de su padre!...

MARTIN. Es natural; no todos los hijos tienen tu heróica resistencia.

JULIAN. ¡Pero tú... no me has maldecido!...

MARTIN. ¡Yo!... ¡á tí!... (Hace un movimiento como para abrazarle, pero se contiene.) Porque con todos mis fieros, soy muy débil; pero á ser tan digno como Lorenzo... (Fingiendo enojo; después transición.) Tu fortuna es, que no quiero parecerme á Lorenzo en nada.

JULIAN. No; porque tú... me quieres como nadie; ¡por eso no! pero no me distraigas, y déjame acabar. Iba diciéndote, que tú serías la causa, de que en el mismo altar, se me muriese Angustias entre los brazos.

MARTIN. Yo, no; la terquedad de aquel hombre.

JULIAN. ¡La terquedad de los dos! ¡Y si Angustias se me muere... ya sabes, que yo no podré vivir!

MARTIN. ¿No has de poder? ¡Podrás vivir... y deberás vivir... para consuelo y alegría... de tu madre!

JULIAN. ¿Y de tí, no?

MARTIN. ¡Como yo estaré muy lejos, tan lejos como tú dispongas!

JULIAN. ¡Basta, basta, padre mío!... ¡ó me arrancaré el corazón! ¡ó me estrellaré el cráneo contra las piedras!

MARTIN. ¿Por qué? (Cambiando de tono.)

JULIAN. ¡Porque he perdido tu cariño... y sólo frases de amargura y de rencor tienes para mí!

MARTIN. No, Julián; no se quiere como yo he querido para olvidar en un día. ¡Veinticinco años sin otro cariño, ni otra ilusión, ni otra esperanza; porque tú lo sabes, el cielo con que sueña Lorenzo lo eres tú para mí! ¡Todo lo bueno y todo lo malo que hay aquí dentro lo reconcentré yo en mi Julián! (Golpeándose el pecho.) ¡No; todo lo malo, no: lo bueno sólo; que lo malo me quedé yo con ello! ¡Que más! ¡si á veces hasta he sido traidor con mis principios, y pensaba á mis solas; que si los séres vulgares como yo somos máquinas organizadas, los séres como mi hijo deben tener un alma y ser inmortales por sus obras y por su esencia! ¡Si no era cariño... si era adoración: adoración por el ingrato, por el olvidadizo, por esa criatura!... ¡Sí es justo mi castigo, como diría Lorenzo: quien no creía en su Dios, creía en su hijo!... ¡Pues ahí tienes, ahí tienes, como te paga el sér á quien diste la vida!

JULIAN. ¡No! ¡Ni soy ingrato... ni soy olvidadizo!...

MARTIN. ¡Lo eres; porque ha bastado que veas á Magdalena, para que me olvides, para que te arranques de mis brazos y te arrojes en los suyos, para que me amenaces y me digas... «lejos, lejos, lejos de mí!»... ¡Ah! ¡si esta palabra me está mordiendo aquí dentro! ¡si no te la perdono; no te la perdono, Julián!... ¡no lo creas, no lo esperes... nunca, nunca, jamás!

JULIAN. ¡Pero si era por ella!

MARTIN. ¡Por ella!... ¡por una mujer á quien no habías visto en toda tu vida! ¡casi por una extraña!

JULIAN. ¡Eso no! ¡extraña no! ¡es mi madre, y era desgraciada!

MARTIN. ¿Quién te ha dicho que no lo soy yo ahora más que ella?

JULIAN. ¡Pues hay un medio de que todos seamos felices: tú y ella... y mi pobre Angustias y yo!... ¡y de que no nos separemos nunca!

MARTIN. ¡Y ese medio es la humillación de tu padre! ¡el triunfo de aquel fanático! ¿Es así como me quieres y me respetas?

JULIAN. ¿Que yo no te quiero? ¿que yo no te respeto? ¡La razón es mía y la culpa tuya; me lo dice mi razón! ¡y tú acusas y yo suplico! ¡No! ¡esto no puede ser! ¡Hoy se decide la suerte de todos nosotros! Una pregunta; una sola. Yo sé que eres noble y recto, y que me dirás la verdad. ¡Pregunta horrible en un hijo! ¡que me abrasa los labios, pero que he de articular, aunque cada letra me taladre la lengua! Dí; responde; ¿Magdalena es... honrada? (Con voz ronca al oído casi.)

MARTIN. Sí.

JULIAN. ¿Es que te parece, ó que lo sabes? Ya ves que no tengo compasión conmigo mismo, conque no exijas que la tenga con nadie.

MARTIN. Lo sé.

JULIAN. ¡Pues entonces... entonces... no más palabras, no más discusión; yo te digo que mi madre será tu esposa... ó que dejaré de ser tu hijo!

MARTIN. ¡Julián!

JULIAN. ¡Escoje! ¡Y si te niegas... recuerdos de la niñez, besos que de tí recibí, veinticinco años de ternura mútua y de sacrificios tuyos, la vida que me diste, la muerte de que me salvaste... todo, todo se anegará para siempre en las lágrimas de Magdalena! ¡Y huiré de ella, pero también de tí... y vagaré por el mundo gritando como un loco, que ya en la raza humana no hay ni padres, ni madres; porque las madres están deshonradas y los padres no tienen corazón!

MARTIN. ¡Julián! ¡Julián! ¿Tú crees, que si hay un modo de obligarme á ceder, es el de la amenaza? ¿Tú imaginas, que

yo me dejo imponer por nadie? ¿No sospechas, imbécil, que lo que tú me exiges acaso lo haría por mi propia voluntad, si no me lo exigieras?

JULIAN. ¡Padre!... ¡perdón!... entónces... ¡no pido!... ¡no exijo!... ¡no amenazo!... ¡ruego!... ¡lloro!... ¡me muero á tus piés!... ¡mátame!... haz lo que quieras, pero no me digas que no! (Se arroja á las plantas de su padre: este momento queda encomendado á los actores.)

MARTIN. (Levantándole, llevándole al sofá y acariciándole.) ¡Julián!.... ¡Julian!... ¡basta!... ¡basta!... ¡ni una palabra más!... ¡y ten corazón para adivinarme y talento para comprenderme!

JULIAN. ¡Padre!... ¡padre!... ¡sí, te adivino!... ¡te comprendo!... ¡gracias!... ¡gracias!... ¡perdón!... ¡Ay, qué dicha tan grande!... ¡ay, qué bueno eres!... ¡y yo, qué ingrato!... ¡tienes razón, sí la tienes!... ¡qué ingrato soy y qué imbécil y qué ínfame!

MARTIN. ¡Julián!... ¡no... no digas eso!... ¡vamos, cálmate!... ¡mi vida... mi hijo... mi esperanza!... ¡qué no había yo de hacer por tí!

JULIAN. ¡Pues bien... pronto... ahora mismo!

MARTIN. Espera... un momento... La boda ha de verificarse esta misma noche... ¿no es así?... Pues bien, cuando seas el esposo de Angustias; cuando no pueda interpretar Lorenzo mi decisión como triunfo suyo, cuando mi dignidad quede á salvo... entónces, entónces cumpliré mi palabra. Te doy mi vida entera... concédeme unos minutos no más. Vamos, Julián, no te impacientes, y compréndeme. De este modo no cedo á las ridículas exigencias de un hombre, sino á los ruegos de mi hijo... y á mis propios impulsos. ¿No es así?

JULIAN. ¡Sea como tú dispongas, pero mira que mi ansiedad es grande! ¡que la dicha pasa ante nosotros como un relámpago! ¡ay del que en tal instante cierre los ojos, que al abrirlos solo verá sombras y negrura! (Suenan las campanadas de las siete: la tarde ha caído: el salón está casi oscuro.) ¡Las siete! ¡Angustias me aguarda! ¡al fin la

hora de la felicidad! ¡dichoso, dichoso tú Julián para toda la vida!

ANGUST. (Desde dentro.) ¡Julián!

JULIAN. ¿Qué grito es aquél? ¡la sangre se me hiela, padre mío!

MARTIN. ¡Es la voz de Angustias! ¡Te llama!

JULIAN. ¡Sí!... ¡pero no es grito de amor!... ¡es alarido de muerte! ¡Angustias!... (Precipitándose para salir.)

ESCENA VIII.

JULIÁN, D. MARTIN, ROSARIO por la derecha, segundo término.

ROSARIO. (Pálida, descompuesta, anhelante.) ¡Julián!... ¡Julián!... ¡socorro!... ¡pronto!

JULIAN. ¿Pero qué es?... ¡hable usted, hable usted, señora!... ¿mi Angustias?

ROSARIO. ¡Tu Angustias, sí, ella!...

JULIAN. ¡Ah!... (Quiere salir: Rosario lo detiene.)

ROSARIO. ¡Óyeme antes!... ¡pasarán por aquí!... ¡es preciso que lo sepas todo!

MARTIN. ¿Pero qué ocurre?

ROSARIO. ¡Qué están apagando sin piedad su último aliento!

JULIAN. ¿Quién?

ROSARIO. ¿Quién ha de ser?... ¡Él!... ¡Ese hombre!

MARTIN. ¡Lorenzo!

JULIAN. ¡Su padre!

ROSARIO. ¡Sí! ¡su padre! ¡Vírgen Santisima, al fin, me mata mi hija!

JULIAN. ¡Lo ves, padre! ¡lo ves!

ROSARIO. ¡Espera!... ¡oye! Estabais aquí... y vino él... ¡y quiso llevársela!... ¡y rogó, y lloró, como no llora nunca! ¡y amenazó, como él sabe amenazar!

JULIAN. ¿Y ella?

ROSARIO. Ella... ¡no quiso!... ¡Que te cumplirá su palabra!... ¡que se morirá en el altar!... ¡pero que será tuya!

JULIAN. ¡Y lo será!

ROSARIO. No será tuya, no lo creas... ¡por qué se muere!

MARTIN. ¡Ven, Julián!

JULIAN. Si... allá...

ROSARIO. ¡No!... un momento... ¡ya vienen!... ¡Él no oye nada, ni respeta nada!... ¡y á la fuerza, quiere sacarla de esta casa!...

JULIAN. ¡Ah! ¡Don Lorenzo!... (Se precipitan Julián y Martín á la puerta del fondo: esta se abre y aparecen las antesalas espléndidamente iluminadas contrastando con las sombras del salón.)

ESCENA IX.

D. MARTÍN, JULIÁN, ROSARIO y por el fondo D. LORENZO, ANGUSTIAS y MAGDALENA.

LOR. (Trayendo cogida por un brazo á Angustias, que viene moribunda.) ¡Conmigo!

ANGUST. ¡No!... ¡separarme de Julián, no!... ¡ni por tí!... ¡Julián!... ¡Julián!... ¡tus brazos!... (Se desprende de D. Lorenzo con un esfuerzo supremo y va á caer en los brazos de Julián.)

JULIAN. ¡Contra mi corazón! ¡que venga á buscarte aquí!

LOR. ¡Angustias!... ¡obedece!... ¡obedece!... ¡soy tu padre!... ¡mi autoridad para tí, es como la autoridad de Dios!

JULIAN. ¡No tanto!... ¡Es padre, quien da vida! ¡quien da muerte, es verdugo!

LOR. Le doy segunda vida, aunque mate su cuerpo... ¡si salvo su alma de vuestras corrupciones, raza maldita!

MARTIN. ¡Lorenzo!...

JULIAN. El insensato ¡que no vé que agoniza!... ¡ven, Angustias, á ser mi esposa!... ¡y en siéndolo, ay del que te haga derramar una sola lágrima!

ANGUST. ¡No puedo, Julián!... ¡no puedo!... ¡me ahogo!

JULIAN. ¡Pues yo te llevaré!...

LOR. ¡Es que no saldreis!... (Poniéndose en la puerta del fondo.)

JULIAN. ¡Es que soy el más fuerte!... ¡es que enloquezco!... ¡es que nadie podrá detenerme!... ¡ni usted!

MARTIN. ¡Detenerte! ¡que pruebe!

LOR. ¡Por la fuerza, no; pero yo tengo otra fuerza mayor!

¡Me arrodillaré en esa puerta! ¡abriré mis brazos en cruz! ¡lloraré á los piés de mi hija! ¡y para salir... tendrá Angustias que derribar á su padre por tierra!... ¡Y después... y después... que vaya contigo á ese altar, que se presente ante ese sacerdote, que le pida bendiciones á su Dios, la hija parricida!

ANGUST. ¡Eso no, Julián! (Abrazándose á él.)

JULIAN. ¡Eso sí, sobre tu cuerpo y sobre tu alma pasaremos! (Precipitándose sobre D. Lorenzo, pero sin llegar á él.)

LOR. ¡Pues bien!... ¡venid!...

JULIAN. ¡Paso!

LOR. ¡Maldita de Dios la hija rebelde!

ANGUST. (Desprendiéndose de Julián.) ¡No!... ¡padre!... ¡Julián!... ¡Jesús mil veces! (Cae muerta.)

JULIAN. ¡Angustias!... (Precipitándose sobre ella.)

MARTIN. ¡Angustias!

LOR. ¡Dios santo!

ROSARIO. ¡Mi hija!...

MAGD. ¡Ah! (Todos hacen un movimiento para acercarse y todos los gritos casi simultáneos.)

JULIAN. (Rechazándolos.) ¡No!... ¡no os acerqueis!... Si ya lo habeis logrado, ¿para qué? (Este momento queda encomendado al actor.) ¡Su corazón no late!... ¡la muerte!... ¡la muerte!... Puedes estar tranquilo. ¡La boda es imposible! (Á D. Lorenzo.) ¡Sus ojos no me miran ni me piden amor!... Tienes todo el tiempo por tuyo. Tu dignidad queda á salvo, padre mío. (Á su padre.) Podeis recobrar la calma y dejarnos solos; ¡idos! (Con fiereza al ver que se acercan.) ¿Es que aún quereis verla? ¡ya la vereis! ¡Ya la verás tú (Á D. Lorenzo.) en la hora de tu muerte, y entonces... reza... reza, reza... que entre tus rezos y tu Dios, se interpondrá esta mujer, y no pasará ni el aliento de tus oraciones! ¡Y tú también la verás en tu última hora, padre mío!... ¡que irá en mis brazos, si he conseguido que te perdone!

MARTIN. ¡Julián!

JULIAN. ¡Y ahora dejadnos!... ¡al altar íbamos juntos!... ¡á

donde ella vaya, iré yo también! ¡Angustias, si algo queda de tí, aguarda á tu Julián, que no tardará mucho! ¡Cobardes los que no acompañan al sér amado en este negro y eterno viaje! ¡Pudo más el odio que el amor en esta vida! ¡Angustias, dime si hay otro mundo en que el amor pueda más que el odio y que la muerte!

(Los personajes quedan de este modo: Angustias, en el centro, en primer término, muerta y tendida paralelamente al próscenio. Magdalena, á sus piós arrodillada y hacia la izquierda. Rosario sosteniendo la cabeza de su hija, arrodillada también y á la derecha. Julián detrás de Angustias, unas veces inclinado sobre ella, otras en pie.

Á la izquierda, D. Martín.

Á la derecha, D. Lorenzo.

Mucha luz en las antesalas, simbolizando la alegría de la boda. Las sombras de la tarde en el escenario, simbolizando la tristeza de la muerte.

FIN DEL DRAMA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.
La esposa del vengador, drama en tres actos, original y en verso
La última noche, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.
En el puño de la espada, drama trágico en tres actos, original y en verso.
Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto, original y en verso.
Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogia.)
El Gladiador de Ravena, tragedia en un acto y en verso, imitación.
Ó locura ó santidad, drama en tres actos, original y en prosa.
Iris de paz, comedia en un acto, original y en verso.
Para tal culpa tal pena, drama en dos actos, original y en verso.
Lo que no puede decirse, drama original en tres actos y en prosa. (Segunda parte de la trilogia.)
En el pilar y en la cruz, drama original en tres actos y en verso.
Correr en pos de un ideal, comedia original, en tres actos y en verso.
Algunas veces aquí, drama original en tres actos y en prosa.
Morir por no despertar, leyenda dramática original en un acto y en verso.
En el seno de la muerte, leyenda trágica original en tres actos y en verso.
Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo xvi, original, en un acto y en verso.
Mar sin orillas, drama original en tres actos y en verso.
La muerte en los labios, drama original en tres actos y en prosa.

El gran Galeoto, drama original en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.

Haroldo el Normando, leyenda trágica en tres actos y en verso.

Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogia.)

Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.

Un milagro en Egipto, estudio trágico en tres actos y en verso.

Piensa mal... ¿y acertarás? casi proverbio en tres actos y en verso.

La peste de Otranto, drama original en tres actos y en verso.

Vida alegre y muerte triste, drama original en tres actos y en verso.

El bandido Lisandro, estudio dramático en tres cuadros y en prosa.

De mala Raza, drama en prosa y en tres actos.

Dos Fanatismos, drama en prosa y en tres actos.

RERÍA DE ANTONINO ROMERO

Calle de Preciados, núm. 23.—Madrid

HISTORIA
ITICA Y DIPLOMATICA

desde la independencia
s Estados Unidos hasta nuestros dias

(1776-1895)

POR

ON JERÓNIMO BECKER

obra, que acaba de ponerse á la venta,
e en amplio y fiel extracto los principales
; examina con imparcialidad la historia
, señala sus defectos y expone con minu-
letalles lo referente á las relaciones exte-
le España, siendo, por tanto, de gran inte-
a conocer de un modo exacto el aspecto
ático de la cuestión cubana.
omo en 4.°, 642 páginas, 8 pesetas.

RECOPILACIÓN

DE LAS

S DE LOS REINOS DE LAS INDIAS

mandadas imprimir y publicar

POR

MAJESTAD CATOLICA DEL REY CARLOS II

ıta edición, corregida y aprobada por la
e Indias del Tribunal Supremo de Justicia,
aprobación de la Regencia provisional del

ro tomos en folio, 50 pesetas.

BLIÓFILOS ESPAÑOLES

cción completa de todos los tomos publi-
por esta sociedad, de que se hallan la ma-
ta agotados.

ESCORIAL Á LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALACIO

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida de varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Nogueira Camoccia

Un tomo en 8.° en cartoné.—Precio, 1 peseta

NOVISIMO
DICCIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publicado
hasta el día, y adicionado con un considerabl
número de voces que no se encuentran en nin
guno de ellos á pesar de hallarse consignadas e
el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.° mayor.—Precio, 6 pesetas.

EL PRACTICÓN

Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APÉNDICE que comprende el arte pa
el mejor aprovechamiento de las sobras, las
glas para el servicio de una mesa y el modo
trinchar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 240 gr
bados, y aumentada con 60 minutas de almu
zos y comidas para todos gustos y condiciones

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T44
v.151
no.1-13